

CAPITAL

PEDRO MASSARONI





Capital

Pedro Massaroni

Pedro Massaroni
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798776849893

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

PREFACIO

En la punta de mi lengua yace la respuesta. Mi cama encima del piso. La sábana de color rojo con figuras, varias, cambiantes entre naranja y amarillo, está esparcida incoherentemente por el piso gracias al acabado sueño. La ventana a mi derecha ya abierta y colorida, delimita, imagen con forma rectangular, aunque profundidad encierra. A mi izquierda, escritorio marrón; la primera gaveta azul contiene objetos personales. Encima de la misma, cotidianos instrumentos ocupan un espacio determinado por su tiempo y utilidad. Lápices usados agrupados en una caja, a un lado un sacapuntas nuevo, siguiente, mi laptop. Los libros de estudio amontonados como si nunca usados fueran. Arriba del escritorio, un estante sostiene en su tope botellas. Algunas de alcohol, otras, ahora, invisibles. El closet diagonal a mi espalda contiene de varios colores, negro, blanco, verde, dos rojas, y, varias, prendas azules. Opuesto al closet la puerta de mi cuarto abierta. Cumple su no tangible función. Frente a mis ojos rectos está el televisor sobre una repisa llena de películas, fotos, un reloj, gorras y una vacía bolsita. La lámpara superior a mí enlaza el techo con paredes escaladas por dibujos propios y sin duda la imagen del último maestro ascendido. No recuerdo la pregunta, pero en mi punta de la lengua tengo un *papel*.

EL HAMBRE DE LA ALBÓNDIGA

La situación los había obligado a salir de la ciudad. Los días anteriores, llenos de horas colmadas de vacío respirar fueron cruciales. Solo el aire que entraba y salía en sus cuerpos denotaba el paso lento del reloj. El hambre se hacía insoportable. El agua no servía ya para engañar al estómago, el cual sin contenido seguía trabajando. La ciudad no propiciaba en sus metabolismos nada que digerir, nada que comer, nada que requiera trabajo. La ardua espera del porvenir. Se había agotado cualquier tipo de alimento. Los únicos animales que habitaban eran las aves. Algunos zamuros volaban en el cielo. Las mascotas domesticas eran los familiares de quienes las cuidaban y criaban. Cada grupo familiar tenía igual cantidad de hambre, pues la comida se había acabado para todos igual. En este sitio del que hablo había de todos los servicios. Había gasolina, internet, televisión, electricidad, agua. Las personas se ocupaban en la mayoría de su tiempo en crear opiniones. En gastar su irremediable lógica en opinar, ya sea con optimismo o con negatividad de su situación. Era probable que las opiniones fuesen más positivas y con algún grado de responsabilidad hacía otros. Eso era lo único que hacían: expresarse. Hace rato que las interminables colas para recibir alimento habían cesado.

Esas largas colas que comenzaban en la gélida noche y se mantenían con los primeros rayos de

sol. Ojos sin redondez absorbían la cálida forma del sol después de no dormir lo suficiente. La falta de sueño y el hambre son dos de los factores que más afectaban a la sociedad. En parte una gran cantidad de los alimentos eran importados. El país no producía en sus tierras sino muy poco. Esa pequeña porción de alimentos producidos en tierra soberana eran adquiridos por gente con mucho dinero debido al elevado costo. Otra parte de los alimentos era acaparada por los funcionarios públicos. La falta de comida, esta situación por la que pasaban quienes dentro del país residían, había sido predicha. A pesar de ser una nación rica en el aspecto económico, la mala gerencia y administración devinieron en corrupción y malas prácticas. Como fue avisado gracias a los estudios, el hambre se incrementaría, las personas comenzaron a almacenar comida en sus hogares. Era un desastre y la economía iba decreciendo todo tipo de oportunidades que se convertían en contratos con el alma; puesto que todos los cuerpos estaban vacíos. Las casas llenas de comida fue un problema menor para el poder ejecutivo que se inflaba de dinero. Era fácil seguir los días, todos eran iguales, todos eran de pobreza. La gente en la ciudad comía pensando en qué iban a comer después. Hacían todo pensando en cuál sería su próximo alimento en las siguientes horas. Cada minuto contaba y ya nadie creía en el gobierno, pero no había fuerza para salir a la calle. El gobierno no tenía por qué mentir, simplemente no hay comida. Las actividades deberían de ser

totalmente una inversión. Debido a que la mente estaba colmada del vacío estomacal los fines de las acciones empezaron a ser dudosos. La tragedia de los vagabundos fue que en la basura empezaron a haber libros, periódicos y no comida. Nadie trabajaba, las empresas quebraron. No había inversión posible. Todo estaba en estado potencial. Todos esperaban no tener hambre mientras sucedía el día, uno tras otro. Era como si todo el dinero posible ya estaba en las calles. Cualquier rastro de auge era incontrolable e irrisorio. Solo las cuentas movían cantidades de dinero. La imprenta de efectivo paró tiempo atrás. El dinero digital reinaba y la economía poco sabía acerca de las reservas. Se había metido la mano en todo lo concerniente al dinero, las inversiones eran falsas inversiones, la educación era una falsa creencia de un futuro mejor y la religión un hambriento despertar. El comercio luchaba, y luchó tanto que el narcotráfico fue vencido por el hambre; excepto por los pocos suicidas que terminaron por explotar sus sistemas. La vida en la ciudad no era ni escrita, ni hablada, ni corazonada, era estática, el tiempo era perenne; su efecto en la gente enloquecedor. No había más nada que hacer. La cultura tenía su falla, la primera decadencia anunciada.

Simón fue el primero en irse a la costa, donde varios barcos llegaban, o simplemente donde había peces. Ya no disfrutaba nada de la civilización. Ella misma se había colmado, su función, su algoritmo mágico fue puesto en prueba por las corroídas mentes, y el

hambre que no se esperaba, alcanzó lo más profundo del raciocinio. La costa era un sitio primitivo. Esa mañana le dijo a su mamá que se iba, ella estaba viendo la televisión sin volumen como distracción. El manejo de la información era insoportable. Apenas le comentó, le dijo que le acompañaría, le dijo que tomara su camioneta, que tenía el tanque lleno. Él lo agradeció y espero por ella. Invitó a su hermana y ella decidió ir también. Los tres se irían para no volver más. Hicieron sus maletas, cada uno puso pocas cosas dentro. Tenían que viajar ligero. El apartamento estaría cuando regresaran. El edificio no se podía enterar de su partida. Los vecinos eran una red de vigilancia, las calles siempre estaban solas, pero en las viviendas es donde el verdadero escarmiento sucedía. Hasta en las urbanizaciones, cualquier cambio era percibido. Las opciones acerca de la fuente de esos cambios, como nueva comida o nuevos miembros en ellas, estaban satisfechas.

Las demás naciones simplemente dejaron de invertir en el país. No les servía de nada estar en pro de un lugar tan inhóspito. Contaminaba su producción el hacer negocio. La mentalidad de los otros ciudadanos era intocable. Ningún país vecino o distante quería comercializar más que algunos pocos. Las empresas extranjeras repatriaron a quienes trabajaban en el país. Se buscaba un estallido social, un tipo de implosión natural. Aceptaron después de un rato, quienes vivían en el país, que era su naturaleza la que estaba corrompida.

Bajaron silenciosamente por el ascensor. La conserje fue despistada, Simón lanzó una colilla de cigarrillo por el ducto de basura incendiando el depósito lleno de libros y papel. Mientras la instalación se llenaba de humo, y los frágiles cuerpos respiraban, la energía se gastaba en la huida. Ellos tres se escabulleron y entraron en el estacionamiento. Prendieron la camioneta. Subieron sus pertenencias. No se acordaban si habían podido cerrar la puerta con llave. Los hermanos se miraron. Simón al volante sintió un pequeño mareo. Sería un largo recorrido hasta la costa. El desayuno ya estaba lejos y no había tiempo de almorzar. Así que salieron por la puerta del estacionamiento. Se vio como si trataran de escapar del humo. La primera cuadra, vacía en carros todavía, dejaba a cientos de caminantes. Personas sin energía que se topaban entre ellos mismos. Era raro ver carros en la calle. Un peatón se interpuso buscando respuestas. Simón aceleró y fue atropellado. La vía estaba despejada. Una de las ruedas pasó por encima del cuerpo. Ningún líquido saltó al aplastarlo. Era como una masa seca, muy seca. A distancia se veía el humo. Tantos libros y periódicos fueron quemados por un cigarrillo. Nadie leía igual, la información daba hambre. La inmediatez era lo que se buscaba de manera eterna, satisfacción inmediata. Bajaron los vidrios, pensaron que les daría más hambre. Los dejaron entreabiertos. La cordura era algo que querían mantener. Bajar los vidrios era como cepillarse los dientes, algo más en qué pensar. El recorrido era brillante y vibrante con pocos carros.

Ellos tres en esa camioneta iban rápido por el asfalto. Las publicidades de las vallas eran viejas. Anuncios de cerveza enalteciendo el cuerpo femenino. Mujeres sosteniendo botellas como si fuesen trofeos. Ahora esas mujeres viejas no podían tomarse más de una debido al hambre. La cerveza es considerada alimento, eso sí, pero no puede ser el único en una dieta. Además de la pea. Algunos carros circundantes pasaban a mayor velocidad. Un Mini Cooper era perseguido por la Policía. Algo sucedía. La policía se había transformado en una máquina de exterminio total. Al pasar por el costado de Simón la hermana logró ver de qué se trataba. En el Mini Cooper iba solo el conductor con muslos de lo que parecía ser un animal como el caballo, eran incontables. La Policía que se acercaba al carro tenía intención de escoltarlo. La mercancía era tan valiosa que la hermana de Simón casi llora. El carro policial no paró y los hicieron a un lado mientras andaban. Ellos recibirían su porción. La paranoia se desató cuando más adelante los esperaba una alcabala de militares. Ellos, los militares, eran reconocidos por hacer de las suyas. Claro que Simón ya había pasado por encima de un peatón y estaba en shock. Su madre solo se ocupaba de dar las mejores direcciones y de ver por los espejos. Ella pensaba en el apartamento y todo lo que habían dejado atrás. Nada más el pensamiento de que pronto se toparían con militares producía mucha hambre. Secuestro, extorsión, robo, asesinato eran de las acciones más comunes escondidas de los militares en el país. Tanto

el Mini Cooper como la Policía pasaron sin frenar en la alcabala. Pedazos de un militar, que sí había comido, se esparcían en la carretera. Los militares comenzaron a disparar pero los carros iban muy rápido. Simón vio como fue atropellado a mayor velocidad el militar y sintió ganas de ir al baño. Algo que no pasaba desde hacía un tiempo ya. Ir al baño era deshacerse de la comida, saturar el alimento, la mentalidad de hambre mantenía a las personas sin poder hacer sus necesidades básicas. Pero como Simón reaccionó fue acelerando más de prisa. Esquivando la mayor concentración de militares pasó, haciendo saltar la camioneta por el cuerpo esparcido del militar ya arrollado. A los tres que iban en la camioneta les pareció oler carne mechada.

Los militares dejaron de disparar pues gastaron todas sus balas en contra de los dos prófugos. No tenían balas contra Simón y los suyos. Así fue que escaparon sin tener que decir la locación de su apartamento donde estaba el resto de la comida. Los zamuros y buitres llegaron al puesto y empezaron a comer lo que quedaba del militar. Antes de que se descompusiera el cuerpo fue devorado. La montaña bordeaba la carretera. En algunas partes se contemplaba un tranquilo humo de entre los árboles, algunas casas de refugiados y marginales. Las afuera de la ciudad era un caos. Era sin control alguno, una zona de puro encuentro con la muerte. Un sitio muy peligroso aunque se podía vivir, claro, siendo subordinado a la ley y su abuso. Las casas como la que acababan de

pasar tienen huertos de comida vegetal. Una pequeña porción era lo que se quedaban los dueños, el resto era entregado a la autoridad. La expropiación era el miedo de quienes consentían eso. La mayoría de los alimentos eran gastados en seguridad. De tal manera Simón le seguía medianamente el rastro al Mini Cooper y a la patrulla. En caso de alianza ellos podían transportar muslos muy fácilmente en la camioneta. Los militares que intentaron seguirlos se desviaron al ver el humo tras la montaña. Faltaba para la costa varias salidas del camino. Más carros aparecieron pero eran ciudadanos normales viajando de lado a lado. Seguro tuvieron que dejar todo tipo de comida en las alcabalas. A menos de que no hayan comprado nada sino que tengan todo su dinero en digital. Carros de transporte público existían, también cobraban desde una lata de atún en adelante. Carros normales que iban a visitar parientes con curso cotidiano o por negocios. Contratos por comida. Llegó cierto punto en el que por fin estaban solos en la carretera. La montaña seguía curveando el lineal recorrido de la camioneta. Iban en silencio, alerta de cualquier sonido. Con gasolina suficiente como para llegar y regresarse.

Simón pensaba en el mar, esa agua salada que le provocaría más hambre, pero que tenía tiempo sin recorrer. La hermana apreciaba sus uñas que crecían fuertes, al igual que el cabello por su buena alimentación. La mamá revisaba el teléfono aunque la señal era escasa. Todo volvía a la fracturada realidad, a esa estadia humana y corrompida. Aunque esta vez con

mayor tranquilidad. Se acercaba la hora del almuerzo. Las chucherías dejaron de ser fabricadas. Eran una estafa de alimento. El plástico en todo caso no se producía, costaba mucho dinero. La contaminación del hambre. Los jugos y las bebidas tenían un alto grado de agua, lo cual era desfavorable puesto que se filtraban gran cantidad de minerales por la orina. En los barrios la orina de los ricos, que sí comían bien, era contrabandeada y vendida como perfume según el alimento que se encontraba en el líquido. Las heces seguían siendo heces, nadie comercializaba con eso. Estaba fuera de la ley tratar los desechos como mercancía. La rueda de la camioneta giraba y se pegaba de la línea blanca de la carretera. Matas de frutos como el mango abdujeron un nuevo tipo de monopolio que se remontaba a las estaciones. En el trópico las dos únicas estaciones eran sequía y lluvia. En la época de sequía, la época actual, los insumos en lata y frutos secos eran la mejor fuente de energía. También en el interior del país se sembraba semillas en las orillas de los ríos que bajaban en las ciudades. En la costa, a donde Simón se dirigía, el turismo había decaído en su totalidad. En la época de lluvia los ríos subían, los alimentos presentaban mejor nutrición. Sed no se sentía en época de lluvia pero tomar agua era para ricos o para suicidas. Nadie planificó la destrucción de la vida. Nadie propuso el fin del contrato social. La corrupción y el egoísmo alteraron la sociabilidad. Lo primitivo que fue engrandecido con edificios y puentes transformó su estado por

una etapa aún más primitiva. Los metales preciosos alejaban la esencia humana hacia el desprecio por el prójimo. Ni la alquimia traería de vuelta el espíritu conquistador de mundos, ni la política arreglaría el descompuesto sistema y tren de pensamiento.

La gasolina en la camioneta bajaba a medida que Simón aceleraba. El volante con las dos manos giraba ocasionalmente. Simón no recuerda cuando comenzó la vida de esta forma. Solo se adaptaba como hacían los jóvenes. Cada vez dejaban más atrás la ciudad. Las infraestructuras eran de un estilo colonial. Se aproximaban a la costa. No había quien los esperara ahí. Solo contaban con un pequeño despacho. La mamá le daba algunas indicaciones. El aliento salía de las ventanas. Decidieron prender el aire acondicionado y mantener una temperatura fresca. El aire se ponía denso y el vapor de salitre rellenaba los poros y hacía sudar y por ende, era contraproducente. La costa es un sitio oscuro. Hay rumores de que los huesos, tanto de humanos como de animales, son la principal fuente de alimento, los hierven y hacen caldo o sopas. Aquí la orina de los ricos no llega. Las palmeras son la divinidad, dan sombra y su alimento es de gran calidad, solo que es azucarado, y por no tomar agua a algunos se les han podrido los dientes haciendo que no puedan comer otro tipo de alimento. En la costa el gobierno es inexistente. Lo que se había convertido en sugestivo para los ciudadanos en el pueblo era habladuría profana. Ellos no creían en dirigentes y a los ciudadanos su dirigente les daba la peor hambre de todas.

El hambre en la costa era natural de los humanos. Ellos allá tenían actividades muy diferentes. Sobre todo preocupaciones tan sinceras como cuidar de que las hijas no queden embarazadas. Otras nimiedades que en la ciudad solo incrementaban el morbo por sacar de lo natural a lo artificial, y viceversa, una sola acción. Es un tipo de orden, llevar a gran escala las cosas, y de lógica destructiva que se propaga a corto plazo, pues todos están inmersos y hay pocos medios; hasta Simón era alienado por estas acciones que no se veían en la costa. La ideología cambiaba según donde estés. En la entrada de la costa muchas flores estaban en el camino, útiles para realizar todo tipo de té. La hermana decidió bajar el vidrio. Empezaron a sudar. Ni Simón ni su hermana habían conocido otro régimen. La única que sí era la mamá, que con su silencio hacia metabolizar a cualquier duda en una simple: más alimento. El dinero son simples dígitos, espacios numéricos. El hambre es un hoyo negro. El padre de Simón tuvo dificultades con la mamá al comienzo de este nuevo régimen. Se separaron. Su matrimonio no duró mucho. Él se quedó en la ciudad viendo como la cadena alimenticia era solo una estafa y cómo la evolución del hombre acompañaba ciegamente la destrucción de lo cuántico. El hambre había encarnado el peor de los requisitos, pues no se puede acudir a nada más sino comer. Incluso respirar puede parecer de segunda necesidad frente a un hambre extrema. La especie más evolucionada se tiene por insuficiente en su tarea alimentaria. El

respirar es un regalo, pero la comida suficiente para todos es una utopía.

La preocupación de la madre era que se enteraran de que no estaban. Le asustaba que la vecina se diera cuenta. La señora de al lado es de las mujeres más viejas del edificio y su alimentación es muy delicada. Ni hablar de sus mascotas, quienes eran su única compañía estable. La vecina y sus mascotas son los únicos que comen en ese piso del edificio ahora. La unión de las hambres en la ciudad causaba un mecanismo recíproco entre los focos. Así como el calor en la costa aceleraba el metabolismo de las personas. Aunque en gran escala los sitios de hambre variaban de clases sociales. Hay muchas formas de afrontar el hambre. Unos leían, otros cantaban esperanzados, otros recorrían las calles y otros trabajaban en sí mismos. Al no haber economía no hay trabajo que valga. Los salones de belleza contaban con cero clientes. La belleza se trataba de una buena digestión más que de aerosoles. En la costa simplemente no había sitios de belleza ni nada parecido. Mucho del territorio de la costa estaba distribuido entre familias y hacendados. Fincas con ganado. Las personas que viven con vacas tienden a ser personas muy esclavizadoras con sus empleados. La comodidad es dada por la realización de diferentes actividades con cierto grado de alimento en el organismo, por eso los ricos dejaron de trabajar, no se sentían satisfechos con el dinero que ganaban, solo disfrutaban de su organismo. No se decidieron todos a parar de generar dinero, sino que a la inversa

de los ricos, el gobierno puso a los pobres a comer productos vencidos o importados, de manera que lo que producían los vivos, o las industrias que mantenían, les causaba tanta hambre que tuvieron que dividir el sistema. El sistema de la comida es inquebrantable. No hay comida nueva y para la fecha las maneras tradicionales de comida incrementan el goce de actividades.

Simón, aunque no es rico, a veces comía un steak de carne y disfrutaba de un buen partido de football o rugby, cuando no, el partido era lento, el árbitro imparcial, los jugadores bajaban el rendimiento. El prestigio es algo que requiere de pasión y la pasión causa hambre, así que los gustos de este país han bajado a meras etapas de un circuito que les proporcione más comida. Simón no ganaría dinero, no ganaría alimento, ganaría pertenecer a la hinchada del equipo, pero la hinchada no gana los partidos, tampoco generan dinero sino para el equipo y ese es un sacrificio para este país inigualable. Era así con cualquier deporte o incluso con las artes. La liga nacional de Football no era vista, ni los jugadores participaban en equipos internacionales. A la camioneta le quedaba la mitad de tanque, pero ya había llegado a la costa. En ese sitio la gasolina era cara pero tenían combustible para regresar. Caminar daba mucho cansancio, mucho de ese ejercicio se recupera y, sí es inversión. El ejercicio tiene el problema de que requiere de mucha comida. Solo los profesionales podían hacer ejercicio o los ricos en su defecto, pero para ser profesional había

que ser extremadamente bueno. Por las calles de la costa solo los viejitos caminaban con sus bastones pues ya están acostumbrados a caminar. Al hambre nadie se acostumbra. Otros se sientan en sus sillas. Otros iban a ver las olas del mar mientras se posaban en la arena. Veían las olas ir y venir. A la mamá esto le parecía noble, pero a ambos hermanos no. Nadie regalaba comida, absolutamente nadie.

Los restaurantes, los que seguían abiertos eran muy costosos. En la costa no los hay y mercados muy pocos. Hay diferencia entre comida y producto, son cosas distintas. En la costa se comía lo que se sembraba. Se araba comida. Se cosechaba alimento. En la ciudad algunos recogían frutos. Los demás compraban o adquirían simples productos. Dinero había para gastar. Los precios cada vez más caros. Los productos cada vez más en escasez. Aparcan la camioneta y la mamá entra en la casa a comprobar qué hay de lo que dejaron la última vez que fueron. Esa última, vez Simón se bronceó tanto que su color de piel quedó en anaranjado. La crema que se tenía que echar es de los productos más codiciados, por el aloe vera, además de los nutrientes. La piel es la puerta al alma. Los ojos son meras ventanas a la identidad. La última vez a la hermana le había dado una indigestión por la comida de mar. Los hermanos querían salir a caminar antes de almorzar. Así se lo comunicaron a su mamá. Querían ver cómo se mantenía la costa. La madre accedió a ir con ellos. No había nada en la nevera y tenía que conseguir alimento por ahí cerca.

No podían creer que no hayan dejado nada. Hacía años que la situación empezó a empeorar pero fue en los últimos meses que se agravó a tal punto.

Caminando por la costa el verde de la vegetación calmaba las ansias de comer. El pueblo de la costa permanecía en sus casas y había una casa cada cuadra. La vida social era mera fachada, la confianza daba hambre; todo daba hambre. Nadie hacía nada por recuperar la economía. Si la llegaban a recuperar tenían que estar listos para trabajar y comenzar la carrera por el dinero una vez más. Caminaron casi diez cuadras hasta que vieron un humo cerca de las montañas. Simón corrió apresurado, no tenía todavía tanta hambre. Tal vez podía conseguir a alguien que les instruyera o podía comprarle a esa persona un almuerzo. Cuando la hermana y la mamá lo alcanzaron Simón ya estaba intercambiando su franela por comida. Su piel se ponía al sol de nuevo para volver a ser naranja. La hermana y la mamá no aceptaban el trato, pero con una sola sincera mirada de Simón dejaron que sucediera, igual ya el hambre estaba comenzando. Simón sabía que él había empacado varias franelas. La persona de la costa estaba muy feliz con su adquisición. A cambio de la franela le dieron a Simón lo que parecía ser carne. La carne estaba cocinada y no tardaron todos en probar de ella. Les gustó y les pareció suficiente la porción que le dieron a Simón. Salieron satisfechos de vuelta a la calle. La persona que los atendió tenía una gran sonrisa además de unos músculos muy inflados. Tener

músculos así cuesta mucho dinero. El gimnasio es de las actividades más caras en la ciudad. Ahí tanto comida como tecnología convergen. Máquinas de ejercicio de todo tipo y para cada músculo. Al igual que dietas para cada tipo de cuerpo. Pero la musculatura de este individuo era gracias al trabajo duro. Parar de hacer ejercicio una vez hayas comenzado podía ser letal, debido a la masa que ganas y la masa que ya tienes más el hambre es una combinación catastrófica, se gasta mucha energía en moverse. Las inyecciones para obtener músculos quedaron reducidas. La gente se fijaba en la piel y en el aliento.

El camino de regreso estaba marcado. El tipo musculoso hizo un último grito antes de que se fueran y se colocó la franela asegurando que el trato se concretó. Ese tipo de lugareño son cordiales. Son personas que gastan todo su comida en producir más comida, por eso son muy sabios pero les falta el conocimiento y educación. Aunque sí saben de muchas cosas. Comenzaron a caminar de regreso cuando el olor a sangre les llamó la atención. Ya en la calle, lejos de la casa. Pero todo estaba cubierto por la vegetación de montaña. El humo se seguía viendo. Los mosquitos no los picaban a ellos sino que iban hacía otro sitio dentro de la vegetación. Simón decidió ir a averiguar, con tal de que los mosquitos no le quiten su sabrosa sangre y no pierda energía todo estaba bajo control. La hermana y la mamá fueron a ver si era el lugareño pero el individuo ya estaba entrando de nuevo en la casa. Estaban solos y a

gran distancia de su casa. El humo salía en dirección contraria a donde iba Simón así que descartaron la opción de que fuese comida. El terreno al que estaba entrando Simón seguía siendo de la casa en la que habían estado. El olor se hacía cada vez más fuerte. Simón sin franela se adentraba cada vez más. Muchas matas eran aplastadas por sus zapatos. Con las manos alejaba lo que podía. Hasta que se topó con algo metálico. Dio con el Mini Cooper que yacía bajo ramas secas. Se acercó sin hacer ruido y vio que del otro lado había gotas de sangre que llevaban hacia otra parte. Marcaban un camino. Ese camino estaba lleno de mosquitos y de moscas. No tenía ningún arma consigo. Iba muy despacio. Después de caminar un rato llegó a una guarida, muy adentro de la vegetación donde había un procesador de carne. Ahí convertían cualquier tipo de carne, sea la parte que sea del animal, en carne molida. Vio los huesos de las partes que traía el Mini Cooper y vio al conductor poner la carne dentro de la máquina. Ya tenía una gran cantidad de carne guardada y clasificada. Era un traficante de comida sin duda alguna. Su función es además alterar el orden en el que se reparte, vender comida y conseguir todo tipo de ella nacionalmente. El tipo al que le acaban de dar la franela es su cómplice y ellos dos la manipulan. El alimento que acababan de comer. Su hermana y mamá al ver el Mini Cooper llamaron por Simón a toda voz. Simón regresó corriendo el trayecto y les dijo que se calmarán o que alterarían a los traficantes. El tráfico de comida es el

más rudo tipo de tráfico debido al hambre. Su hermana y mamá se preocupaban por lo que habían comido y se preocupaban por lo que comerían en la noche. Entre idas y venidas de ideas vieron una palmera alta con cocos en el camino a casa. No pudieron hacer nada los cocos no caerían. Obviamente las personas del lugar tienen técnicas para bajar el fruto. A Simón se le ocurrió escalar. También se le ocurrió darle patadas a la mata. Había en ella más de cinco cocos. En caso de llevarse los cocos tuvieran que estar pendientes en la calle de que nadie los viese. Seguro los cocos eran parte de la propiedad del traficante. Caminaron hasta el despacho donde descansaron. El fuerte sol y el calor, más la caminata, les había drenado mucha energía.

No sabía ninguno hasta qué punto se quedarían ahí. No sabían bien porque se había ido pero tenían que probar distintas alternativas. Simón seguía pensando en lo que vio. La hermana y la mamá buscaban ideas para conseguir comida. Usarían la camioneta. Conseguirían cañas de pescar. Con unas piedras tumbarían los cocos. Empezarían a sembrar. Ellas le preguntaron a Simón sobre lo que vio. Él no les explicó mucho, solo que la carne molida es fácil de cocinar y de condimentar. La naturaleza de los tres se fue encontrando poco a poco. Tenían que actuar. Dejaron de distraerse para verse inmersos en el hambre. Les importaba la comida. Los recuerdos de la infancia no eran suficientes en ese sitio. Solo los momentos de saciedad o de comienzo de una relación con una comida nueva eran los instantes que aparecían entre sus cejas. La madre veía el sol caer.

El bigote de Simón acariciaba los buenos momentos en los que tomaba café. La hermana realizó el efecto de la comida en su cuerpo, le obsesionaba saber que las funciones del organismo tenían causa y efecto en la comida, pensaba que así es también en un estado macro de la vida. Para ella el círculo de nacimiento y muerte tenía sentido, pero el trabajo era vacío y sin norte. Era una condición dual con la circunstancia humana de amor y odio.

Tenía, la hermana, ideas de que hubo alteraciones en el círculo y que ahora el fin propio de la vida no se encontraba en la muerte sino en comer. Las soluciones vendrían con acciones mayores que se verían, y serían hechas por un gran grupo de personas. Ya entrada la noche ambos hermanos veían la televisión, como todos los servicios estaban intactos se podía disfrutar, aunque la vida social estaba acabada. La mamá revisaba su teléfono, tenía varias llamadas de la vecina. Mensajes de voz que no iba ni quería abrir. Le comentó a sus hijos, quienes ignoraron el llamado que la ciudad les hacía, pero decidieron que mañana resolverían si quedarse o volver. Ambos hermanos intercambiaban la mirada y compartían el mismo parecer: la gente había decidido esto por cuenta propia, no hay forma de que se repita la construcción de las ciudades, pero sí que el progreso se ha frenado.

La cantidad de personas en la ciudad va en aumento. Los medicamentos se guardan y las enfermedades se curan. Así de simple. Simón no podía ahora con la idea de que estén traficando comida en la costa.

Son traficantes de comida. El asco que le dio esa máquina fue indescriptible. Cualquier tipo de carne es procesada y molida. Lo hablaron los tres. Esa carne que habían comido les había sabido raro. Es normal que sea así si no es carne de vaca. Pero la energía que les dio para regresar, era ya de mañana y no tenían tanta hambre, era explícito que tenía algo alterado el plato de comida. Simón se puso una franela. La hermana quería calmar a Simón, le ofreció un vaso de agua. La mamá soltó el teléfono y puso un canal informativo en la televisión. La noticia era sobre un edificio en la ciudad que se prendió en fuego y que, por mala suerte, atrajo a gran cantidad de hambrientos que pensaban que era humo de comida. El edificio estaba en la noticias no podían volver sin ser vistos. El horror que le causo a Simón saber que su colilla ocasionó el incendio excedió por completo sus ganas de hacer algo. Ya el país no existía. Hasta las noticias daban hambre. Se hacía de mañana. En la noche el hambre es relativa, la atención salía de la mente, esto a su vez hacía que para la mañana siguiente hubiese más hambre; pero no se gastaba tanta energía como en el día. Simón pensó una vez más en los cocos. Se tomó el vaso de agua. Tenían que dormir.

En la mañana se montaron todos en la camioneta. La responsabilidad tenía que recaer en Simón o el hambre no sería lo único que les perturbaría. Las llamadas al teléfono de la mamá no paraban. La hermana comenzó a inquietarse por el hambre. Simón tomó el volante y se dirigió hacia donde estaba la mata

de coco. Al llegar a la mata de coco vieron que se había caído la mayoría de los cocos en la noche. Los cogieron y abrieron con un cuchillo. Se comieron el delicioso fruto. Tomaron la divina agua. Desayunaron con lo que la mata les ofrecía. Estaban cerca de los traficantes. Les llamaba la atención, pero no querían entrometerse. Decidieron echar un vistazo. Simón entró por la vegetación y aparcó cerca del Mini Cooper. Salió y les advirtió a las chicas. Ellas esperaron unos minutos en la camioneta. Simón regresó después de hacer un recorrido. Tanto el conductor como el tipo estaban en la casa y el almacén, con la procesadora de carne sola. Sin importarles se bajaron de la camioneta y entraron. Lo que pensaron que eran piernas de caballo lo eran, había en el estante, de vaca, de toro, de gran variedad de animales, como también, pollos, pescados y todo tipo de animal comestible; pavos también. Los traficantes molieron la gran parte de los alimentos y los juntaron en una mega albóndiga. Era del tamaño de una mesa redonda, era enorme, gigante, grasienta y sin cocinar. Les dio ganas de vomitar ver tanta crudeza. Ese es el efecto de la carne cruda sin procesar. Solo unos pocos están preparados para ver tanta carne. Igual que solo unos pocos están acostumbrados y pueden lidiar con esos tipos de carne. La fusión de la albóndiga era abominable, pero un pedazo de esa carne frito sería le gloria. Aunque no culinariamente.

A todos les quitó el hambre, el apetito desapareció. Tanta crudeza era simplemente grotesca, tanta

naturaleza junta. Tanto alimento sin producción. El olor. La textura. Se le ablandaron los estómagos. Mientras el conductor y su ayudante, el de la franela de Simón, estaban cocinando el desayuno. En el escritorio una lista con otras localidades cercanas, con las cantidades en kilos de comida. Era obvio que era una operación masiva. Solo productos es lo que se vendería en los mercados debido a esta aglomeración de carne. Agarró la lista se la pasó a la mamá. Ella sabía dónde estaba cada uno de los sitios. El problema era la gasolina, no contaban con tanta como para después regresarse a la ciudad. No podía esperar a que abrieran las bombas de gasolina. Se pudriría la carne. Las moscas lo estropearían. Ellos la mantenían fría con unas bombonas de gas especial para comida sin contaminantes. Decidieron actuar rápidamente. Tal vez esa es la cura para el país. Si la gente está asqueada no puede comer y se concentra en algo más allá de lo tangible. Ellos habían encontrado el propósito del viaje. Para entonces el fuego seguro había sido suspendido en el edificio. También seguramente había anunciado por televisión que ninguna persona resultó herida además de un atropellado en recuperación en las cercanías. Solo algunos sofocados por el humo, que lo más probable, fueron llevados a comer. Nadie habría sido llevado al hospital a morir en agonizante espera. Podían llegar al estacionamiento y de ahí repartir la comida en el edificio, o no. Quedarse ellos con la mega albóndiga.

Las acciones en la ciudad requieren de extremada rigurosidad. Algunas son desesperados intentos de acabar con el hambre. Otros son para no encontrarse en esa situación. En cambio en la costa la seguridad de la cosecha es otro sentir. Claro que hay quienes siembran en la ciudad pero es una minoría. Es el resultado de las acciones lo que tal vez cause hambre o simplemente es un sistema fallido que ahora no quiere mejorar su optimismo frente a la vida. Pero el hambre es algo muy serio. No como la playa y sus placeres. Algunos placeres todavía se encontraban en la costa como lanchas y yates. La comida de alta mar además de ser cara es difícil de conseguir. La bebida en estos yates contrarrestaba el mareo de estar tan lejos de la ciudad. El hambre paralizaba a las personas pero también paralizaba al tiempo. Era momento de actuar. Simón estaba listo. Su hermana y mamá habían recobrado su estómago. La imagen de la bola de albóndiga era perturbante. A veces se piensa que la comida es algo efímero, pero la comida es vida. Simón, la hermana y la mamá eran pasajeros de la vida. Decidieron acrecentar la albóndiga. Unieron todas las carnes procesadas y molidas que consiguieron. La albóndiga adquirió el tamaño más enorme que habían visto. Salía, de la unión de las carnes, líquido por los costados. Era realmente asqueroso. Se robarían toda esa comida. Los traficantes no ganarían dinero igualmente de esto, o no solo dinero. Además ellos pueden hacer lo que quieren, tienen la energía suficiente y cualquier actividad parece minúscula si

tienes un plato de comida esperándote. Eso tardó en comprenderlo la hermana. Era algo verdadero. Era algo malvado. No eran simples traficantes de comida, sino de vida, de emociones, de sentimientos. Al comer la gente hacía cosas, y la única manera de que las disfrutaran era según lo que habían comido. El resto era innecesario y tácito. El goce era instantáneo. Solo la buena alimentación hacía falta para ser feliz. La camioneta los esperaba. Llevarían la bola de comida hasta ella. Era tan temprano que en la ciudad nadie estaría despierto o estarían despertando.

Desocuparon la maleta de la camioneta. Abrieron espacio como para que cupiera la albóndiga. No tenían hambre puesto que sus organismos estaban activados. El organismo es la forma de pensar y sentir. Hay gente que es alérgica a cierto tipo de alimentos y se pierde cierto tipo de emociones y gustos. El humo empezaba a salir de la casa. Las dos personas seguían cocinando y preparando tal vez lo que sería el producto a vender. El Mini Cooper seguía en su sitio. Era momento de mover la gran albóndiga. Simón la empezó a mover primero. Le clavaba los dedos en la masa intentando que rodara. Eso no funcionó. La intentó cargar y tampoco funcionó. Le empezaron a dar ganas de vomitar. Vomitar era desperdiciar la comida, pero esta vez era por la mucha comida que se encontraba en frente de sí que le dieron ganas. Después empezó a empujar la hermana y después la mamá. A lo que la bola empezó a dar vueltas hacia la camioneta. La bola era inmensa. Tantos tipos de

carne, roja, blanca, juntas. Vieron que faltaba un pedazo que habían visto ayer. Ese sería el material con el que estarían trabajando hoy los traficantes. El conductor y el tipo cocinaban la mercancía en porciones individuales para una persona. Según la lista de envío tenían hoy que estar por una zona cercana a la costa. Entregando comida ya cocinada y lista para comer. Despacharían la comida con el Mini Cooper. Solo los ricos podían comprar ese tipo de carne. Dado por sentado, ellos eran quienes tenían el control de la operación en la costa. La gente de allí es muy ignorante con respecto a lo que sucede a su alrededor. A diferencia de la ciudad donde todos saben de su vecino.

Los de la costa solo sabían preservarse y eso lo hacen muy bien. En la camioneta la albóndiga cupo perfectamente. Toda la maleta de la camioneta estaba ocupada por ella. Todos empujaban con las manos. Cierto es que para subirla hicieron un esfuerzo descomunal. A punto ya de partir. Consiguieron gasolina dentro de pote cerca del Mini Cooper. Se la echaron a la camioneta. Ya podían ir a las siguientes localizaciones de la lista para llevarse la carne. Fueron a la otra locación, pero no había nadie ni nada de comida. Se dirigieron rápido a la siguiente. La mamá daba las instrucciones y Simón manejaba lo más rápido posible. Tampoco había nada en ese sitio. Toda la mercancía había sido unificada en esa gran albóndiga. Los planes de venderla no eran factibles. Los traficantes tenían algo que esconder, un secreto,

un plan para la albóndiga. Decidieron irse de nuevo a la ciudad. En la carretera y con los vidrios arriba para que no se descomponga la carne, el interior de la camioneta era alucinógeno. La vista de todos adentro lograba pasar desapercibidos. No necesitaban comer, solo con tener la albóndiga podían hacer lo que quisieran. La carne olía tan fuerte que la hermana tuvo que vomitar por la ventana. La mamá que estaba en la parte de atrás era muy fuerte de estómago y aguantó el olor pero hablaba. Hablaba tanto y decía mucho de cosas tan diferentes a la misma vez. Decía de cosas con brillo y otras opacas. Decía cosas del pasado con un nuevo entendimiento, miraba el teléfono y se reía. Estaba muy cerca de la carne.

Simón no paraba de acelerar. Fue muy rápido. Estaba concentrado en manejar velozmente. La hermana se recompuso. La mamá estaba ahora viendo la lista de localidades, y a su vez veía hacia atrás por si a caso le estuviesen persiguiendo. Llegaron a donde estaba la alcabala de los militares el día anterior. No reconocieron a la camioneta de la vez pasada. Simón estaba embriagado de comida, no en comerla, pero sí en tenerla. Las posibilidades que cursaban su mente en estos momentos era cuánticamente imposible de procesar. Pudiese ver todos los partidos de football que quedaran en su existencia. Podía ir y venir de la costa. Con tanta comida hay veces que no se sabe qué hacer. Igualmente tenía una sola tarea: llegar al estacionamiento. Las llamadas en el teléfono de la madre empezaron a surgir una vez la señal se restauró.

El dinero es poder, pero ese poder no se asemeja al presente eterno de la albóndiga. No se pararon en la alcabala sino que el militar se echó a un lado. El pobre soldado al ver a la camioneta se movió hacia su derecha; cuando la camioneta pasó el olor impregnó la calle. El soldado vomitó en la acera. Todos en la camioneta sentían a la albóndiga. Se veía en sus ojos como las posibilidades se agrupaban. Pensaron que los militares los seguirían, pero solo fue cosa de anotar a la camioneta en sus registros. Estaban llegando al edificio por fin. La gente que caminaba entraba en trance al oler la camioneta, por eso Simón se movía con mucha agilidad y rapidez. Los seguían aunque les hacía daño. Cuando entraron entró con ellos una banda de personas. Incluyendo gente del mismo edificio, los vecinos también se sentían atrapados por el olor. Todo se daba por el mero presentimiento de que comerían. Sabían que en ese carro se había conseguido algo fuera de serie.

Dentro del estacionamiento, Simón, la hermana y la mamá se bajan del vehículo. Todos protestaban, algunos gritos y demás. Pidieron por calma. Preguntaban enfurecidos por lo que tenían en la camioneta. Simón abrió de golpe la maleta y todos contemplaron la albóndiga. Muchos vomitaron, casi todos, y los que lo hicieron, después de ver que era una reacción en cadena volvieron a vomitar. Era un verdadero desastre. Incluso fue necesario. Una pequeña población se encontraba ahí despejando su mente. Pensando en las posibilidades eternas de tener

una albóndiga así de grande. Mil y un partidos se pueden ver mientras o después de comer. Muchísimo ejercicio se puede hacer. Aún más, se puede ser presidente, gobernador, etc. Vomitando es la manera en la que se purgaban. Toda esa comida vomitada es donde está la verdadera corrupción, no es lo que comes sino cómo lo comes, a veces, es mejor comer feliz, pero comer con hambre es simplemente una felicidad. Esas personas habían comido esa comida de manera automática, previendo simplemente el horario de su jornada. Como sin moral ni ética solo hacerlo por hacerlo. Era justicia lo que sucedía. La albóndiga trajo un nuevo comienzo. La albóndiga había sido usada para otros términos y fue robada por voluntad para cambiar la realidad.

Simón sabía qué hacer. No la iba a cocinar. Tampoco la iba a dividir. Sacaron entre todos la albóndiga de la camioneta. La gente estaba amontonada. Nadie sentía hambre. Ni pensaban en comer. Las acciones eran claras. Se agruparon y decidieron agrandarla todavía más. Como una gran fogata fue incrementada de nivel. Tan grande que podía llegar el olor a los primeros tres pisos de un edificio. Su tamaño fue de gigantesco a enorme. Todos pusieron comida, la vecina, los otros vecinos, personas ajenas al edificio. Era el desperdicio de comida más grande de todos. No comerían, solo admirarían la albóndiga. Expandirían sus conciencias mientras el resto de la ciudad come regularmente. Todos los que estaban quedaron hipnotizados por la presencia de la carne. En las noticias del televisor,

salió la noticia de que un yate se hundió en el mar cerca de la costa, los motivos eran desconocidos. Por las semanas siguientes seguían en ayuno, casi un millón de personas todos bajo el poder de la albóndiga. Obvio, la albóndiga siguió creciendo de tamaño. Los científicos lograron refrigerarla. Era un símbolo de adoración. Tanto material. Tantas formas de hacer lo que fuere. Tanta incertidumbre y entusiasmo. El flujo colectivo era unido en pensamiento hacia la albóndiga. Era el verbo carne hecho realidad. Cualquiera con una albóndiga de ese tamaño pudiera mejorar su vida al máximo, aprender idiomas, estudiar carreras universitarias, viajar por el mundo, aprender de todas las religiones, criar a sus hijos, ser presidente, llegar a la luna, llegar a otro planeta, tener miles de esposas, podías hacer lo que quisieras. El resto de la ciudad, en los alrededores del edificio las personas adquirirían más comida de lo habitual, lo cual era raro; pero no les hacía ninguna gracia, sentían que tenían que dejar de comer y alabar a la albóndiga. Así fue. Dejaron de comer y por otras partes también sucedió igual, les llegaba más comida, pero no les daba apetito. La competencia por la comida llegaría a su fin. En secreto la albóndiga ha comenzado una revolución. Incluso el papá de Simón estuvo presente en ella.

EL MAR

Esta sería la última vez que se verían. Estuvieron juntos muchas vidas. Era el fin de los tiempos. Estuvieron juntos en el comienzo. Cuando solo eran manadas y cuando el lenguaje no estaba creado. En esos tiempos eran todo muy brusco incluso su amor fue tan desmedido. Él la tomo como pareja desafiando a la muerte en combate con otros. La aparición de la agricultura fue todo un suceso. Les gustaba sembrar y sorprenderse mutuamente con sus cosechas. Después estuvieron cuando se creó el habla. Se decían palabras de amor buscaban en ellos más formas de expresarse. Sus léxicos conocieron lo que no podían expresar en el otro. Más tarde cuando se creó la escritura. Se escribían en todos lados. Sus nombres primero y después cuentos sobre ellos y sus días de romance. La imprenta también la vivieron. Fue entonces cuando una pequeña distancia los separó. Rompieron con sus condiciones y lograron unirse. La era de la globalización. Compartían cualquier tipo de archivo y documento. Los que eran y los que no eran sobre su amor. Como también en esa época lograron ver su trayectoria como humanos. Fue algo rudo al comienzo. Podían viajar desde su ordenador a otros momentos pasados. Claro que no sabían de sus viejos romances, pero las características de las épocas los dejaron sin aliento al verse en ese momento actual. Y por ahora, en el mar, el fin de

la civilización. Todas esas veces se consiguieron de manera espontánea gracias al destino.

Él tenía la barba larga, como de costumbre en su apariencia a lo largo de varias reencarnaciones. Es un hombre de gran tamaño. En anterioridad lo había tenido todo como también no había tenido nada. Sus trabajos dependían de la sociedad y las necesidades. Ella tenía el pelo liso como de costumbre. Las familias que formaban ambos eran habitantes soberanos. Sus relaciones duraban toda una vida. Cada momento en la tierra se basaba en la otredad. Ella siempre fue muy delicada, pero a su vez consciente de su fortaleza. Ahora en el mar ambos se conocerían por una ola que los uniría para siempre. Su amor cada vez mas dependía de él como primero en entablar conversación, pero esta vez fue distinto, fue mutuo. Ambos se sostuvieron cuando la ola fue a impactar y de ahí en adelante no se soltaron más. Estaban en el mar por razones diferentes. Nunca se habían conseguido fuera de la tierra. Él estaba en el agua por querer pescar. Ese era su trabajo final. Ella estaba en el agua por querer surfear. Se fueron acercando a medida de que las olas crecían. Como en un baile. La luna había estado completa hacía unas noches.

Él pensó haberla conocido de antes, y era cierto. La había visto en la arena, varios kilómetros lejos de donde él vivía. Ella paseaba por toda la costa para distraerse. Fue entonces cuando juró volver a verla y a hablarle. Le había dejado muy dentro de él un ansia por conocerla. Su forma. Su manera de caminar. El

hecho de que ella surfeara olas. Lo relacionado que tenían con el mar y sus vidas. A pesar de que esta sería la última vez que estarían juntos, el sentimiento de que duraría toda su vida a su lado no fue erróneo. Gracias a la ola esto fue innecesario. El no tuvo que arriesgarse. Simplemente sucedió. La ola los revolcó tan lejos que llegaron a la orilla. El mar tan amplio como si no tuviera fin daba comienzo a este encuentro tan fugaz. Debido a que se conocen desde que la humanidad existe no tuvieron problema en congeniar. Él buscaba desenredar su caña de pescar de la tabla de surf de ella. Cuando la miró a los ojos y se presentó. Ella respondió muy cordialmente, pero sintió en el cuerpo ese contacto que no había sentido nunca. Fuera del agua muchos se preocuparon por la revolvada de ambos. Fueron a ayudar pero vieron que podían arreglárselas. El pescador y la surfista. Era así que tenía que ser.

Hubo una vez en la que a él lo crucificaron y ella quedó sola hasta que el volvió. Otra vez él quedó congelado en un glacial. Una de las veces, fue disparado en la cabeza por un asesino. Y así cada vez que estaban juntos algo sucedía que los separaba momentáneamente. Ellos no sabían de sus vidas anteriores por lo que cada vez era la primera vez que se veían. Pero hubo muchas veces. Veces en la que la familia de él era más importante socialmente. Otras en la que la de ella era más influyente. Veces en las que él formaba un Imperio literalmente. Otras en las que dependía de ella el Imperio de otros. Con todo

y eso sus relaciones se basaban en el más profundo amor. El respeto que se sentían nunca les dejó hacerse mal. En todas las oportunidades fueron celebrados como los mejores en sus áreas y por ende como de las mejores, sino la mejor, pareja del momento. Es un amor ejemplar decían. El núcleo de su amor era tan recóndito como los confines de las galaxias. A pesar de la estrellas y de los planetas cuando él nacía ella volvía a estar y viceversa. La edad no importaba mientras que se consiguieran en algún momento.

La vida en la orilla había aconteció después de la comuna. Toda posesión privada fue reducida a parte del estado. Todos tenían sexo y el libertinaje llevo a la sociedad de vuelta a un estado primitivo. Cerca del mar la vida era resultante gracias al agua y a la vegetación. Todo se daba para bien ahí. La vida prosperaba. Ella se enamoró de él inmediatamente. La globalización había sido un desastre. Muchos vieron un poder individual que no existía sino en sus mentes. Fue muy trágico. Pues las personas dejaban atrás cosas de suma importancia como la familia y los familiares. El éxito de las personas se medía de forma inverosímil. Los grandes auges mostraban la falla. Los gobiernos comenzaron a creer en una igualdad que tomaría a toda costa las libertades de sus pueblos. Como una maldición generacional el declive fue previsto por algunos. Otros fueron arrasados por la inclemencia. El hambre entre algunos de los males, al igual que la pobreza fueron fatales para algunos. El límite de reencarnados no era infinito hasta que

se demostró, pero fue entonces cuando el valor de la vida vino a flote.

Como un ojo que busca ver a su pareja. Ellos se buscaban en cada oportunidad. El mar siempre estuvo ahí desde que ellos comenzaron a vivir. Ola tras ola se acercaban más. Sus destinos estaban cruzados cual agua y sal en el océano. Ellos podían hacerlo todo. Una vez se conocieran. Tenían en sí el poder gobernar, pero también tenían otros tipos de poderes sobre las personas. En vez de resucitar a un hombre podían resucitar a mujeres. Es el fin de los tiempos. No habría un mañana seguro. Después de que los revuelca la ola es el sol quien los seca en unión. Es la luna quien espera su turno para consumir su amor. Es la arena donde pisan. Ellos empiezan una vida juntos. Claro que él fue mujer y ella hombre. Pero lo importante es que se aman de manera que el día y la noche son solo espuma en la conciencia.

ADIÓS

Yo no lo quería ver. Lo grotesco me abarcaba de pies a cabeza. La muerte es algo que no es tan común en mí. Siempre nuestros encuentros son de gran conmoción. Nunca he tenido afinidad con la muerte más que en mis acciones. Pero estas no definen mi ser. Sino que a la inversa cada vez dejo de ser quien soy. Con mis amigos soy en totalidad, pero todos nosotros somos el despojo de nuestro presente. No me molestaba el hecho de la muerte. Lo entiendo e incluso lo puedo celebrar. Admirar a la muerte es tener en cuenta que la vida es o puede ser un solo momento y no muchos como se cree. La vida es corta. La vida de los jóvenes pende de un hilo muy fino y más las de los ancianos. La muerte sí es para mí una sola, en lo personal, pero sus venidas entre quienes conozco son repetidas. No me incomodaba cumplir con las diligencias. Ir al cementerio. Consolar a la familia. Estar con otros amigos. Era el hecho de verlo es lo que no pude hacer. Ver al difunto es ver un hecho irremediable. Es ver finalizada la vida como creación, pero con una sola cara, la del tiempo en la carne del difunto. Las acciones no se plasman como al escribir en una hoja. Las relaciones no se miden con herramientas. Los sentimientos no se ponen en piedra. Mi amigo se había muerto. No era un familiar, pero lo consideraba cercano. En los últimos años nos habíamos

hecho buenos amigos. Su cerebro se derramó. Es de verdad algo indescriptible. La sensación a veces de estar mareado ya es suficiente. O incluso el estar en un carro a altas velocidades. Estar en una montaña rusa. El despegar de un avión. Caerse de una rama. Incluso a veces el simple despertar es tan crudo. Él no estaba solo cuando pasó. Yo no estaba con él. Sucedió de noche. Los datos son inciertos. Cualquier hecho parecido es pura ficción. El cerebro es un órgano muy delicado. A pesar de que no trabaje a su máximo potencial tiene mucho trabajo. La sobrecarga del mismo es debido a varios factores. Esa noche yo no salí. No me esperaban en ningún sitio y tampoco había hecho planes para verme con nadie. Así que me levanté. Sin revisar los mensajes me dispuse a salir de la casa. Recuerdo que ese día había ido al Ávila. Me recuerdo cerca de un río. Mucha agua fluía y el sol seguía su ruta. Me habían mandado un mensaje por teléfono, creo que unas llamadas también. Yo subía la montaña, pensativo y reflexivo a la vez. Había algo en ese día. Llegué a un lugar donde no se podía seguir subiendo. Una vez vi a unas personas tener sexo aquí. O ellos me vieron a mí. El punto es que yo solo me ejercitaba. Recorría la montaña que cubre a toda la ciudad. Como la sangre cubre al cerebro. Al regresar por mi apartamento había una iguana en el estacionamiento. El rey lagarto me acompaña pensé. Pudo haber sido a cualquiera. Nosotros tratábamos la vida con mucho descuido o con mucho afán por vivirla.

Mi prima sí lo vio. Me imagino que cada quien se habrá asomado a verlo. Se acercó al ataúd y vio adentro. Lo

que nunca volvería a ser. Lo que fue y se consumió. Esa verdad que acompaña a los ojos pero el corazón sabe que es cierto. Falta de afecto y de cariño por la eternidad. La muerte de mi amigo no me vio a mí sino a la humanidad. Yo no lo vi. No sé si es una falta de respeto o si lo hice por respeto. Mis ojos no se adaptaron a la realidad del asunto. Todo parece ficción todavía. Como una broma de mal gusto. Como un cuento sin sentido. Como una película para ciegos que tiende a hacerlos sentir mejor por su condición. La historia se repetía. De nuevo las posturas. De nuevo una conclusión. De nuevo un capítulo se cerraba. Tal vez no verlo era dejar la página en blanco. Tal vez era dejar tres puntos suspensivos. A lo mejor mi cerebro pensó que así algo quedaría intacto. Puede que todo no hubiese sido en vano. Que todavía me visitaría algún despojo de su presencia. Que incluso después de su muerte mi amigo me visitaría.

Así fue como lo comencé a ver en sueños. Vivo y haciendo de las suyas como de costumbre. Todavía me recuerdo cuando lo conocí. Tan alegre. Éramos chamos. Él me fastidiaba en mi carpa. Su mamá era la coordinadora o dueña del campamento. Las vacaciones yo las pasaba con su empresa. Nos divertíamos mucho en aquellos días. La inocencia de la juventud estaba entre nosotros. Un país que crecía o eso aparentaba. Él creció teniendo muchos amigos. En mis sueños siempre teníamos algo que hacer. Mi cerebro recreaba o buscaba aventuras para nosotros. Sueños que no tienen nada que ver con la realidad más

que la amistad verdadera. Nombres que iban juntos en oraciones. Oraciones que se creaban a pesar de cualquier situación por la que atravesábamos. Sueños que tenían finales asombrosos. Incluso algunos que no tenían más final que despertar. Una inocencia y emociones del más puro grado. Mi cerebro recreaba para mí la intimidad de tener alguien con quien estar y compartir.

Ya no está él. Ahora solo recuerdo varios momentos juntos. Como la vez que se quedaba a dormir en mi casa. O las veces que yo me quedé con él. La primera vez que le hablé como si fuéramos desconocidos en la Universidad. Por suerte tocamos en el mismo salón. Varias veces que salimos de noche. Incluso veces que me molestaba con él o él conmigo. Muchos testigos de nuestra amistad. Mensajes y conversaciones que tuvimos están desperdigadas en las redes sociales como en los teléfonos que usamos. Las ropas prestadas en cada closet. Los detalles pagados con cada cuenta. Los viajes juntos con huellas en los sitios a los que fuimos. Las fiestas con sus historias inéditas como sucesiones de algo que se compartía. El ataúd se lo llevaron. Lo enterraron. Fui al velorio y estuve en la misa. Ya en el pasado quedan todas las bromas. En el presente solo quedó lo que sería un nuevo saludo, en pausa, y con pendientes protagonistas. Porque algo también dejó de vivir en mí. Pero más importante, algo dejó de estar entre nosotros dos.

LA PARTE MÁS DESAGRADABLE DE MI CUERPO

Sin dudar, la parte más desagradable de mi cuerpo son mis dos pulmones, que he forjado a soportar la tarea de sobrellevar a un dueño fumador. Estos contenedores, de materia orgánica, ubicados en mi pecho, un espacio compartido con el corazón, atrapados por las costillas puntiagudas y el duro casi irrompible esternón; están cubiertos por piel y a veces una sensación de capa de nicotina. Este espacio cercado y encerrado contiene lo más asqueroso que me concierne, una mezcla de químicos, propios y del lugar donde vivo, los cuales, se concentran en mis alvéolos. Pequeños y absorbentes, están irritados, contaminados y sofocados por consumir cigarro, mal compañero solitario como uno, como nosotros. Residuos de amonio y de alquitrán se combinan al respirar con el aire que entra, siendo éste corrompido en la más ínfima oscuridad por mi propio órgano respiratorio, el cual, yo aliené por mi corrompido ser que vive en una corrompida sociedad, de la cual es parte y lo sabe. Aspecto siniestro escondido en mi interior expresado en humo. Inocencia pérdida más no arrebatada, acción definida más no completamente razonada y no solo la única.

Punto de encuentro, para llevar a un recorrido sin retorno, impureza combinada con buenas vibras.

Ansiedad no correspondida me causa adrenalina impulsándome para dar el siguiente paso que me acerca al final, inesperado, de mi respiración. Ciego de futuro, presente sin solventar, pasado distorsionado, mirada fija en la siguiente segura calada. Pulmones no discriminan lo que a ellos les llega, tampoco yo discrimino entre lo que debe entrar y lo que no. Respirando la dualidad de la vida me mantengo en equilibrio pisando con la experiencia, contemplando el día que se asoma, motivo para seguir y no rendirme. El aire limpio también entra para seguir fumando.

Mis pulmones comenzaron siendo parte de una maquinaria bien aceitada y completamente nueva. Su uso ahora depende de las circunstancias y de la condición de vida que se tenga. Cada parte de mi cuerpo cumple su función. A la perfección logro hacer las hazañas que me impongo. Fumar en grandes cantidades es a veces el remedio para el aburrimiento, para desazón o incluso para metabolizar lo ya sucedido y pasado. De ahí a que ellos hayan cambiado también junto con mis vicios. Yo los cambié casi que en un trueque con la industria tabacalera por una vida llena de humo y momentánea satisfacción. Nadie me dijo que lo hiciera, pero sucedió. Solo queda para ellos que deje de fumar o que me mantenga haciendo ejercicio cotidianamente. Del resto es la acción del tiempo la que determina su deterioro. No importa si los días son lluviosos, no importa si estoy en la playa o en la montaña. Es aire para el fuego como aire para mis pulmones.

SR. NN

El día era como ninguno otro. La confortable esperanza residía debajo de la cama. Esa esperanza que está al comienzo y al final del día. La desesperación no podía traer más invitados a la cena. La compañía establecida tuvo que recortar los gastos de los no invitados. Los que llegaron después de este día no serían los mismos. Tampoco sabía cada quien por lo qué pasó para llegar el que tenían al lado suyo. En las tempranas horas de la tarde llovió muy fuerte. Los rayos caían de manera que no podían haber árboles seguros donde esperar a que escampase. El carruaje de uno de los invitados había dejado pedazos de vidrio en el suelo. El espejo que recién creado ese día no estaba bien amarrado tropezó y cayó cuando un cuervo, el de más negro pelaje, atravesó la carroza por las ventanas, sin golpear el espejo, y logrando que los caballos se alborotaran y tumbaran, de esa manera, al espejo. El invitado a quien se le cayó el espejo, el Sr. NN conocía la leyenda del cuervo que fue mandado por agua y que consiguió una mata de higos donde hizo un festín olvidándose de su tarea empleada por un dios. La lluvia le recordaba al Sr. NN lo difícil que puede ser trasladarse de un sitio a otro. Cada gota que golpeaba la carroza rebotaba entre sus ojos como la imagen evaporada del sol de mediodía. Los pedazos rotos eran evitados por los otros caballos que pasaban por el sendero. Algunos caballos aceleraban su paso al oír los rayos y sus

truenos. Primero llegó el Sr. NN acompañado por tres mujeres chinas vestidas con el mismo traje, pero de diferente color. La más madura de las mujeres, la edad ese rasgo difícil de calcular en los asiáticos; tenía un vestido de color verde oscuro con bordados dorados, el pelo recogido y las uñas de las manos largas. Las otras dos tendrían más o menos la misma edad, sin ser gemelas, se parecían mucho. Una tenía un vestido azul con bordado negro, la otra tenía un vestido rosado con bordado púrpura. Pero las tres, contando con la mayor del grupo, tenían el pelo recogido y muy bien peinado; sin un pelo por fuera.

Cuando el Sr. NN y sus invitados llegaron con sus respectivas invitaciones todavía estaba lloviendo. El Sr. NN fue vestido con su respectivo traje de gala, su bigote, prominente escondía los labios y prácticamente la sonrisa completa; un bigote tan oscuro como el pelaje del cuervo. No sabían qué tipo de comida servirían a lo que esperaron a que llegaran los próximos invitados. En el salón principal del castillo, cientos de cuadros enmarcados con diferentes relieves eran, además de cuadros exquisitos y de artistas muy famosos, eran todos sobre el cuervo. Un cuadro con un cuervo de varios colores que volaba por una masa de hielo flotante. Otro, tenía al cuervo en los brazos de una mujer de cabellos largos. Un cuervo cerca del sol. Un cuervo con cabeza blanca encima de unas uvas. Un cuervo susurrando palabras en el oído de una persona con vendas en los ojos. El Sr. NN intrigado por el autor de dichos cuadros

avanza hasta el más cercano: Un cuervo con un antifaz colocado debajo de una cascada transparente en medio de un bosque. La firma era bajo el nombre de *ORDEP*. Una de las chinas que no era gemela conocía el arte del autor, pero se quedó callada, ni se inmutó al ver todos los cuadros que había con las mismas siglas. Los cuadros parecían ser hechos todos con la misma pintura, con el mismo pincel, con el mismo caballete, hasta con el mismo lienzo.

El Sr. NN consiguió después de la sala un pequeño jardín interno en el castillo. Algo poco inusual para la época. Era un jardín con flores y fuentes de todos los tamaños. Se veía que tenían varios nidos en algunos de los arbustos. Pero era un jardín sin árboles. Toda la fauna era precisamente colocada de forma que no entorpeciera con la brisa y la corriente de aire. Por no querer manchar su traje se detuvo en el primer banquito del jardín y lo examinó detalladamente. El Sr. NN no hablaba mucho con sus invitadas, el recorrido había tardado y el hambre ocupaba, entre otras cosas, su atención. Con una brisa que crecía y se hacía cada vez más intensa apareció un cuervo con sus alas desplegadas y en pleno vuelo con el pico apuntando hacia el Sr. NN. Desde el banquito se tiró hacia el matorral a su izquierda, unas docenas de rosas lo sostuvieron de tocar la tierra. Sus espinas no fueron sentidas en gravedad. El pájaro se posó en el otro lado del jardín. Las tres mujeres chinas se rieron de lo que acababan de presenciar. La mayor fue a ver más de cerca al ave. Una de las parecidas

fue a rescatar al Sr. NN, que no lograba encontrar un punto fijo donde parase. La última de ellas volvió a entrar en la sala del castillo. El Sr. NN recuperó su compostura y se encaminó hacia el centro del jardín donde una fuente en forma de pez botaba agua cristalina. El espejo del agua dibujó la cara del Sr. NN con pétalos de las rosas, a lo que pensó que se trataba de sangre. Enfurecido y sin control fue hacia donde el ave. El bigote tenía pétalos, su chaqueta tenía pétalos, hasta el pantalón por ambos lados estaba repleto de pétalos rojos. La mujer de mayor edad sintió una fuerte atracción por el Sr. NN, le parecía que había descubierto una faceta de él que no encontró en otro lado. El Sr. NN con sus manos sostuvo al pájaro y lo ahorcó. Las tres mujeres se juntaron sin ver la escena. El Sr. NN sin decir palabra desapareció del jardín. No estaba en la sala. No estaba en su carruaje. No estaba en la cocina. No estaba ya en el castillo. La lluvia había cesado hace rato, pero igual se escuchó un trueno antes del rayo. Y apareció una nube sobre el castillo. Una nube con forma de bigote.

IDIOTAS

Ninguno de los tres sabía cómo ponérsela. Era algo extraño para ellos pero les interesaba. Estaban en la casa en el cuarto principal. Todas las puertas cerradas. Ahí es donde estaba la túnica. Encima de la cama. No importa la fecha. Los tres idiotas trataban de ponérsela, pero ninguno lo lograba. Nadie los veía y ellos tomaban todo el tiempo posible. Tenían pensado hacer un ritual satánico, con velas, anillos, aceites, ollas, un libro iniciático en los ritos del gran ORDEP. Según se decía estos instrumentos venían de una tierra mágica que tenía la solución para la humanidad. Como artículos de venta eran algo raro, pero dentro de todo eran cosas que en un momento fueron cotidianas en la vida del día a día.

—Quién sepa cómo ponérsela es el gran maestro de ceremonia —dijo Carlos, el primer idiota del cuento. Quien había escuchado la palabra “maestro” de otro lugar.

Tal vez lo había visto en la televisión, que seguía prendida. O tal vez había ojeado el libro. El libro que tenía en la portada letras incomprensibles de un alfabeto anterior al que se usa hoy en día.

—Me parece que es por una manga —dijo Raúl, el segundo idiota.

Seguro de que lo intentaría cuando fuese su turno. Por ahora se peleaban por la vez. El día había comenzado y su primera tarea era ponerse la túnica.

Después tenían que encargarse del libro. Todas las implicaciones e instrucciones del libro debían ser llevadas a cabo específicamente. No había otro libro igual en la casa. Pero nadie sabía si los idiotas sabían leer. Ellos escuchaban música de vez en cuando.

—Cuando sea mi turno seguro que me la pongo —decía Juan, el tercer idiota. Impaciente por poner sus manos sobre la túnica.

Era de color escarlata la túnica, en la cama estaba recién sacada del empaque. Paquete que les había llegado con el resto de los artefactos. Ellos habían escuchado de ORDEP en la televisión.

Así estuvieron toda la mañana. Se quitaban la ropa que ya tenían, se la volvían a poner. No lograban saber cómo ponerse la túnica. Solo tenían una. Se bañaron. Comieron algo. Vieron televisión. Escucharon música. Jugaron a los videojuegos. Todo con mucha lentitud. Son idiotas. Como poseídos por el desdén de Dios. Buscaban hacer el rito satánico para hacer algo diferente. Lo habían discutido entre ellos. Era la mejor opción. Los tres sacarían provecho. Sentían que lo que les pasaba se solucionaría. Quien les vendió la túnica, el libro, los aceites, la olla, los anillos y las velas les había asegurado que eran los adecuados para el rito. Nadie entendía cómo habían conseguido esos utensilios. Incluso salieron de la casa a la ciudad. Iban preguntando por las calles si alguien sabía de túnicas. Muchos les negaron la ayuda hasta que se encontraron con un señor.

—Señor nos puede ayudar —dijo Carlos con voz entrecortada.

—Sí señor, ayúdenos —dijo Raúl.

—Por favor —dijo Juan gagueante.

El señor al ver que eran personas especiales intentaba ser lo más amable posible.

—Cuéntenme qué necesitan —dijo el señor.

—Queremos hacer algo —dijo Juan—, necesitamos de su ayuda.

—Pero qué es lo que necesitan —dijo el señor.

—Necesitamos que nos acompañes a la casa —dijo Carlos.

—Sí a la casa —dijo Raúl.

El señor lo dudó por un instante. Dejó lo que estaba haciendo y fue hasta la casa. Al ver todos los materiales en la sala se asustó. De repente de un hachazo matan al señor.

—Les dije que sin ayuda —dijo la voz— ¿hasta cuándo? Tienen que aprender a hacer las cosas por sí mismos. Si les ayudan el ritual para dejar de ser imbécil no sirve —Les dijo el vendedor que se había apoderados de las almas de los idiotas.

Ese fue el trato. El ritual nunca sería hecho. La ceremonia quedaría postergada para siempre. Siempre en las mentes de los idiotas la solución estaría a la vuelta de la esquina. El pueblo se empezó a quedar sin personas. Los idiotas repetían diariamente el salir de la casa. Cada persona que traían era asesinada. Incluso policías eran muertos por el hacha del vendedor.

LA MOMIA

No se podía respirar. Dentro de la pirámide el lugar era muy angosto. Después de sortear las trampas llegaron a la cámara. Igual de angosta. El aire era escaso. La luz de la llama consumía todo el oxígeno. Todo el piso era de arena. Las huellas de las botas quedaban marcadas. Aunque las paredes eran alargadas la luz solar era nula. Los jeroglíficos del lugar eran fascinantes. Era la cámara de alguien con mucho dinero. El lujo de la momificación.

—Está aquí abajo. —Dijo la voz con certeza. Apuntando con el dedo.

—Hay que sacarlo lo antes posible.

—Me parece que no será problema.

—¿Por qué?

—Parece el sarcófago de un niño.

La momia estaba fría. Era de pequeño tamaño. Estaba bien conservada. Se podía ver todavía la dentadura intacta de la persona. Los bálsamos habían hecho su efecto. El color de la momia era marrón una vez abierto el sarcófago. Estaba tan seca que era claro que estuvo cerrada herméticamente por muchos años. Su alcalinidad era normal por eso lo conservado en su estética y en su corpórea composición. Era un perfecto ejemplo de momificación. La momia de un niño descubierta en Egipto.

Todos estaban pasmados de sorpresa. De verdad era un niño momificado. El horror de la escena fue

contemplado por los más eruditos en la excavación. Muchos creyeron que ese niño era un faraón de la dinastía de Ramsés. Muchos otros creyeron que era más antiguo de cuando Keops. Solo los análisis demostrarían su tiempo.

“Siempre dentro de mí está el niño que murió. Siempre dentro de mí está su deseo de morir”. Lowell lo había dicho. No sabemos hasta qué punto la infancia es lo más difícil en la vida humana. Uno depende de todo. No es autosuficiente. Cada momento es crucial. Solo algunos años en adelante fue que se especificó el conocimiento científico dando luces en cuanto a esta etapa. Del resto cada cultura tiene sus creencias y maneras.

El día de su momificación estuvo muy sereno. Sabía que no había vuelta atrás. Igual la promesa de otra vida era su recompensa. Ya lo había repasado varias veces en su mente. Su muerte no significaría el final sino un nuevo comienzo. Los augurios le tenían preparado gran fortuna.

El río Nilo estuvo crecido. Todo el pueblo estaba esperando una gran cosecha. El faraón estaba al tanto de lo que sucedía. El primer niño en ser momificado. Oraba a Anubis para que todo saliera bien. Los preparativos para la gran fiesta final del joven acontecieron la noche anterior. Bailarines bailan al ritmo de la música, la fiesta era privada. Mucha comida y de beber.

Su muerte ocurrió ingiriendo un veneno que lo llevaría al más allá. No se podía decir que fue hecho a propósito. Nadie deseaba morir, solo este niño.

El deseo de estar con los dioses lo impulsó. Era su decisión. Contaba con el poder para hacerlo. Nadie se impuso a su prematuro deseo. Era una suerte de calumnia si alguien se enteraba. Por eso la fiesta privada. Para los padres era un gran honor el tener a su hijo con los dioses.

Una vez muerto comenzó la momificación. Lavaron y perfumaron el cadáver. Retiraron los órganos y los guardaron en unos vasos de cerámica ornamentados con hilos de oro. Le rellenaron el vientre con mirra. Sumergieron el cuerpo en natrón por setenta días. Lo secaron y lo rellenaron con mirra. El cadáver fue envuelto en vendas impregnadas en resinas entre las cuales colocaron los amuletos.

Todos suponían que su viaje por el inframundo fue un éxito. Pues todo fue hecho de manera excelsa. Era un niño que no había cometido ningún pecado o fechoría. Era un alma noble. Pero igual había muchas divinidades que visitar y muchos obstáculos que vencer. Su Jat o cuerpo estaba apenas en crecimiento lo cual daba buen augurio.

Su Ba o espíritu se despego de su Ka o sombra para encontrarse con los dioses. Su Ib o corazón dejó de latir para ser extraído. Su Ju o inteligencia vio la reacción de su decisión final. Su Sah o cuerpo espiritual entró en una dimensión paralela en la que duraría hasta el fin de los tiempos. Solo su Ren o nombre sin el cual nada puede existir lo acompaña. Por ultimo su Sejem, o poder que mantiene unido todos los elementos que forman el conjunto que prevaleció hasta hoy.

LLORAR

No he parado de llorar desde que nací. Una vez me extrajeron de la vagina de mi madre lo que hago es llorar. No puedo terminar de hacerlo. Detenerme sería morir. Lloro hasta cuando duermo. En mis sueños lo que hago es llorar. Llorar y llorar.

La gente me hace chistes y lo que hago es llorar. Veo la televisión y nada. Veo las películas en el cine y nada. Veo teatro del bueno en escenarios y nada. Lloro desde que me despierto hasta que me acuesto. Incluso comiendo lloro. La gente que me ve en la calle piensa que hay en mí distintos llantos. Unos días me ven llorando y piensan que es por el clima. Otros días me ven llorando y piensan que es porque perdí a algún pariente. Otros días piensan que es porque perdí a mi mascota.

Desde la infancia nadie se me acerca. Lloro todos los días, a todo momento. Los demás niños se preguntaban entre ellos. Algunos intentaban alegrarme desde lejos pero era inútil. Mi llanto los espantaba. Arruinaba la diversión.

Cuando fui creciendo las clases fueron una pesadilla. Los profesores me pedían que me saliera del salón para que pudiera llorar tranquilo, pero igual lloraba como de costumbre. Las chicas pensaban que tengo un lado femenino muy desarrollado.

Algunos psicólogos piensan que extraño mucho el útero materno. Otros piensan que tengo algo en los

ojos. Un sucio. Otros piensan que es por un dolor que no he canalizado. Pero todos concuerdan que es raro llorar tanto.

John lloraba y lloraba. Hasta que un día decidió visitar a todas las personas que habían llorado cuando él comenzó a llorar. A todos los conocidos que lloraron ese día y a los no conocidos. A todos les preguntaba si lloraron el cinco de julio del año 1988.

Cuando tuvo una lista de todos los nombres de personas que lloraron con él en ese primer lloriqueo, dejó de llorar. Un sentimiento de pertenencia y de gran asentamiento lo embargó.

ÚTERO

—Perdí mi lado femenino en el útero de mi madre

—dijo Igor tomándose un trago puro de whisky.

—¿Por eso vienes aquí? —Preguntó el bartender.

—¿Cómo así?

—¿Por eso vienes a burdeles? —Repreguntó el bartender.

—Eso es correcto —dijo apuntándolo con el dedo—
Por eso y porque me queda plata de sobra.

—Ósea que eres pura masculinidad —dijo la puta.

—Lo que digo es que no puedo con la feminidad.
Todo eso quedó en el pasado —removiendo el trago
con un dedo—, todo está en ser quien soy ahora.

—Te entiendo —dijo el bartender limpiando la
barra— no sé por dónde has pasado pero parece que
tienes las cosas bajo control.

—Creo que eres todo un macho Igor —dijo la puta.

—No es cuestión de ser un macho alfa o no... Es
sobre mi aproximación a lo femenino —agarrándole
una nalga—, está corrompida en mi creación.

—¡Ay! Eres mi macho de esta noche.

—Es como si estuviera predicho cuanta feminidad
puedo aguantar —tomando del trago— y he llegado
al final, de ahora en adelante solo mi instinto será mi
guía.

La puta empezó a bailarle en el regazo a Igor. El
bartender fue a atender a otros clientes. En verdad la
feminidad de la puta era la suma suficiente que podía

soportar Igor. En dosis muy elevadas, la feminidad de la puta, era como una droga. Pues Igor no la conocía de antes. Sino esta noche que se conocieron. Ella le entregaría todo a cambio de su dinero. Pero él sería el mismo consigo, a lo mejor más masculino con ella. Por eso le gustaba el trato. Mientras más masculinidad tiene mayor grado de feminidad aguanta. Como en un ciclo dual.

—Y, ¿Qué quieres hacer guapo? —dijo ella.

—Yo creo que esta noche será nuestra, pequeña —dijo sonriendo.

La noche siguió con Igor y la puta gozando en el burdel. El bartender disfrutó lo que pudo del espectáculo. El burdel permaneció abierto hasta la mañana. El día comenzó e Igor salió del burdel. Llegó a su casa y se bañó. Mientras el agua caía pensaba. Cuando era un joven siempre había visto el agua como cristalina belleza que emana de la tierra. Se sintió en el útero de nuevo. Se secó y volvió a tomar al burdel. Sería el mes más loco de su vida. Cada día con una puta diferente.

LA DUCHA

Hasta ahora he vivido en tres edificios, ahora en una casa. Del primero no me acuerdo sino que tenía un balcón. La vista era hacia el oeste de la ciudad. Ese fue mi primer hogar. Recuerdo que me mudé a los pocos meses de haber nacido. Así fue que llegué al segundo. Era de catorce pisos. En él viví mis primeros años. Eso fue antes del divorcio de mis padres y por ende antes del tercero que no era tan alto como el segundo que estaba situado en una buena zona de la ciudad. Seguro lo compraron felices mis padres. Tenía al frente un local de comida rápida y varios centros empresariales cerca. Más arriba del apartamento estaba el techo del edificio. Donde los ascensores tenían sus cuartos de máquinas. La zona sigue siendo muy tranquila. Los días eran brillantes y las tardes amenas.

La fachada del segundo es de grandes barrotes y vigas que sobresaltan. Del resto es muy normal. Arquitectura años sesenta. En ese terreno se descubrió un pozo de agua que actualmente surte los apartamentos. Toda mi familia estaba entonces en ese apartamento. Era grande. Desde arriba se ven la mayoría de los techos de los edificios cercanos. El ascensor tarda minutos en llegar del sótano. Mis primeros años de vida fueron normales. Teníamos un jacuzzi para mi hermana y mis padres. Mi papá lo mandó a hacer de su tamaño sentado. Era un tipo

grande. También cabíamos mi hermana y yo. Las ventanas eran amplias. Se podía ver todo el parque. Del otro lado estaba la azotea, un espacio común con tendederos y una vista a la montaña. La gran montaña nos daba su cálida presencia.

Recuerdo estar en el baño. Para aquel entonces iba acompañado de algún adulto. Baldosas oscuras de mármol negro. Estaba dentro de la habitación principal. La más grande ya que ahí vivían mis padres. El armario era gigantesco y el closet tenía pasillo. Un gran espejo. Aire acondicionado. Una gran vista. El baño tenía aspecto ecléctico. Dorado y negro. El techo blanco. El dorado de las puertas de la ducha hacía juego con el lavamanos. Mi mamá me acompañaba al baño. A veces mi papá.

Un día como cualquier otro. Seguramente un día de semana. Estaba dentro de la ducha. Ella me bañaba para continuar con el quehacer del día. Bañar a los hijos no es tarea fácil. Especialmente si son tremendos. Necesitan una razón para motivarse al aseo personal. Mientras me bañaban jugaba con mis juguetes. Un tobo y unos muñecos. Mágicamente mi mamá me llenaba el tobo de agua para poder jugar. Sin entender cómo funcionaba la ducha. Sin saber cómo era posible. El agua llegaba de su mano al tobo. El tobo se llenaba cada vez del agua que corría por sus dedos.

Era como regar las plantas. La magia no de detenía. Nadie me explicaba qué sucedía. Ni de donde mi mamá sacaba tanta agua. Simplemente jugaba con

mis muñecos y el tobo. Me bañaban diariamente. Cada día el agua llegaba como un truco. Ante mis ojos el agua era parte de mi mamá y ella podía manipularla a su gusto. El flujo de mi asombro era continuo. Mi madre sacaba agua de sus manos. Agua que estaba caliente como a veces fría. Ella tenía un súper poder. Pensaba que mi madre tenía un don. Quedaba todo tan seco después. Yo no le preguntaba a nadie qué ocurría. Desde su punto de vista llenarme el tobo era solo extender la mano una vez abierta la llave del agua. Para mí era pasar por alto el ciclo de agua. Era abrir una fuente infinita de líquido acuoso. Antes eran tiempos distintos. En el tercer apartamento no estaba mi papá. Nos separamos poco tiempo antes.

Ahora en la casa no están mi mamá ni mi hermana. La ducha sigue en ese apartamento intacta. Tal vez no me había cuestionado sobre mi humanidad. La idea de mis padres como progenitores era incierta. Lo importante es que crecí sin importar el orden de las cosas. Es mi primer recuerdo. Fue la primera vez que de verdad me asombré. Después entendí cómo funcionaba la ducha. Tenía mi propio baño. Yo podía regular cuánta agua quería. Incluso su temperatura. Ya mi mamá no me baña en lo absoluto. El tobo quedó vacío para siempre.

SOBERBIA

Abro los ojos. Se termina cualquier sueño que estuviese teniendo. Mi mente trabaja más despierto que dormido, aunque dormido logro organizar mis deseos y necesidades más burdas al verlas representadas y alcanzadas por la alteración de mi consciente. Como actores mis acciones son el reflejo de algo que busco o que intento alcanzar. Realizo casi involuntariamente las acciones para no lograr alienar mi vigilia. Todo con mucha calma. Tal vez me recuerdo del sueño. Tal vez es muy tarde para escribirlo. Seguro que me lo recuerdo. Seguro de que lo entendí aunque a veces solo falta saber en qué termina. Camino no siempre placentero o sufrido, más bien sereno, en una vida que tranquilidad arrebató: segundo a segundo, estímulo a estímulo, latido a latido.

El momento que vivo se me presenta al instante que decido pararme de mi cómoda cama para surgir y atravesar las veinticuatro horas. O tal vez menos según el día lo requiera. La verdad es que la cama tiene de mí tiempo ahora. Las almohadas reposan mi mente. Estoy concentrado en mi cuerpo. Estoy en un lugar sin salida pero estoy tranquilo. La cama no es un hogar, pero en todos los hogares hay una. Despliego las cortinas, iluminado, yo y el exterior, respiro, veo, comparo atento e internalizo. Los paisajes son como sueños en los que con un solo vistazo una sensación queda. Lo importante es como uno se sienta. Incluso

al consumir arte lo que importa son los gustos y no las razones. Eso creía y todavía creo que lo tengo de premisa.

Camino al baño, ganas de regresar a donde todo empezó obstaculizan músculos invisibles. Entro a la ducha, desnudo, en ambos sentidos, toda la ropa que me definió ayer en el suelo. Con visión inculcada de redescubrirme de nuevo cada vez. El agua caliente y andante por mi cuerpo desliza las tensiones por las cañerías. Respiro el vapor de la evaporación, lo agunto y lo suelto con porquerías en mi interior. Sudor no se siente. Toxinas aproximadas a la superficie desaparecen de golpe al igual que cómo llegaron. Descanso partes de mi cuerpo que no lograron descansar en mi sueño. Agua diferente es manifestada por el cambio de la llave de agua para dejar pasar a saludar el agua fría como el vacío. Conexión en equilibrio entre las dos mitades reactivada por el sentimiento emotivo de percibir. Como carro prendido que contamina y no muestra interés de las hojas trabajantes en la purificación de aire. Salgo de la ducha para encontrar en mi cuarto la máscara que usaré en público.

Responsabilidad trae consigo una visión comprometida con todo esto. Listo para salir, le quito nivel a mi tercer ojo para ver lo que en mentira se encuentra al frente mío. Creer qué retornare victorioso de este día. Creer que puedo sin cambiar mi realidad volver mis pasos al comienzo. Apostar que las acciones que hago tienen peso. Dar por sentado que sin ayuda puedo. El día me

sigue en mi trascurso de decisiones equilibradas que no violentan con mi propia sangre la no egocéntrica cara de la eternidad. Fin de acciones, fin de la fecha, el progreso de metas inconclusas, no solo por mí persona, sino todas las generaciones juntas y atadas por el lazo de la globalización, alcanzan lo necesario por la jornada.

Esta soberbia que describo, no es mía, yo que hablo, que expreso aquí; ni de quien se está hablando, es de una minoría. Todos despertamos de igual manera. Los párpados no están juntos más. La mirada se comienza a posar en cosas figuradas y claras al entendimiento. Los músculos comienzan a moverse y a buscar realizar las asignaciones. La mente busca un tren de pensamiento por el cual retornar a donde estaba. O crear uno nuevo a partir de un nuevo día. Pero lo que no cambia es el pasado. Esta gran creación de la humanidad. Este gran momento perpetuo de originalidad. Despertar y creer que hay control en algo. Despertar y soñar con los ojos abiertos. Escapar de la realidad con solo hacer lo que se hace. Suceder y darle al pasado su mérito es no salir de la cama nunca. Es pisar sobre los acontecimientos de horas póstumas.

6 ANTES DE DESCANSAR

Estoy acostado en el Parque Miranda sintiendo los rayos del sol, quienes rebotan en mi piel para comunicar mí ser. Mucha gente viviendo el presente sin filtrar, adorando el repetitivo aunque no semejante verde de los árboles, palmeras, arbustos y principalmente de la grama en la que reposo agradecido. Como un gran oleaje la grama me contiene cual barco a la deriva. Ecosistema momentáneo en la diversidad. Entre una ciudad que atrapa y devora el verde. Quieto como las estrellas que irradian la perfección, todo a la vista iluminado y colorido. El pasar del tiempo es solo un cambio de la posición de la Tierra. La luz viaja con propósito, meta alcanzada por los momentos. El sol perenne para este paisaje se posa entre las ramas que con sus hojas dejan filtrar sus rayos. Se me acaba el cigarro y noto la llegada de la sombra. Creo que aquí no se puede fumar. La sombra es para mí un momento de claridad. Siempre está acompañada de una brisa. Ama de mi relajación llega blanca con curvas como una cotufa, en lo alto, suavizando el asomar desde mi propia ventana. Mis ojos la ven en el azul y pulcro cielo. Pensamientos son descargados en ella al igual que su pulcro blanco entra en mi casa, seguido por el negro, al tiempo que mi entumecida prisión sostenida por la naturaleza. Cada vez me quedo más quieto pero enfoco mejor mi visión. La veo a ella. Veo vientos acariciar mi piel, mi pelo y

mi barba, al igual que circula el olor a césped recién cortado patrocinado por el sereno trabajador del parque, que no juzga con quien su jardín juega. El jardín nos contiene sin importar los ánimos o los escrutinios. La filosofía de las cosas está en lo más simple que es a veces lo más complicado de entender y de explicar. El tiempo transcurre más no envejezco. Los segunderos alcanzan incansablemente su destino para después volver a comenzar el ciclo. Pero en el jardín el ciclo se remonta a tiempos pasados. Donde la vida era distinta y la civilización apenas comenzaba. Es un espacio sin manchas que conlleva a quienes en él yace su característica más primitiva. Como pájaro en el mayor espacio vacío conocido desde el suelo, veo el sol pasar gracias a las acciones de las personas que lo impulsan a salir cada día. Personas cotidianas que tienen en sí su propio ciclo. Se interrumpe mi descanso por la llamada de una sensación, conocida y experimentada por mi consciente. Al despertar confirmo lo particular de la mordida de una pequeña hormiga. Ella al igual que todo lo que rodea mi ser quiere y necesita de mi atención.

LA CARA DA MÁS

La mira atravesada. Ella esperaba para una aventura. Nada da la hora, nada recicla la cara suya alumbrada. Ambas personas iluminadas nada parecidas. Brillosa armónica sonaba al verla, sábana tapa sabana deseosa. Buscaba más lágrimas, ocultaba, mientras la suelta para hacerla suya propia. Nada la necesita, sola aclama, nada la escucha.

Amiga la cama, dibuja silueta femenina. Atrás seda detona, la lengua mía. Primera humana deforma ahora a la gata pupilosa. Una palabra salva la culpa de la nada. Juntas, ambas sombras sería la nada. Nunca visitada la cara atraía calmada. Experiencia perjudica la clara luna ya nunca jamás vista. Ciegas criaturas, palmadas escuchas, siga, siga a la malvada malcriada. Vida asesinada, nada da la gana para resucitarla. Sola olvidada miraba la respuesta: ella misma.

JACK

—Ya llegamos al final —dijo la voz.

—Este parece ser solo el comienzo —dijo la otra voz.

—De aquí en adelante no hay más nada.

—Puede ser que sí —dijo la otra voz.

—Tienes que saber distinguir —dijo la voz.

—Todo puede continuarse sucesivamente aquí —
dijo la otra voz.

—Has llegado muy lejos —dijo la voz.

—Tal vez así tenía que ser—dijo la otra voz.

—Descansa, repasa el camino que has cruzado —
dijo la voz.

—Estoy cansado de repasar, solo quiero llegar a un
lugar cómodo —dijo la otra voz.

—El rizoma que estás creando te está acabando —
dijo la voz.

—Estoy creando mi bagaje —dijo la otra voz.

Jack hace tiempo había tenido múltiples opciones. Las posibilidades de su día a día eran amplias. Él utilizó y cruzó, subió, bajó, vendió y compró a su manera. Poco a poco fue agotando su abanico de posibilidades. Como una fórmula que se que auto cancela. Jack no sabía qué más hacer con su vida. Tenía todas las opciones colmadas. Pero quería continuar quería seguir hacia adelante sin importar qué. Tenía todavía energía. Estaba seguro de que estaba creando algo perenne. Tenía la seguridad en sí mismo. Esa que es tan peligrosa como cualquier droga.

—Te he dado mucho tiempo, hijo —dijo la voz.

—Yo sé —dijo Jack.

—Estás sobre saturado —dijo la voz severamente—, ya para todos estás quemado.

—No lo puedo creer... es verdad —dijo Jack.

—Tienes que regresarte —dijo la voz.

Jack agarró todas sus pertenencias y las botó al río. Todo lo que tenía fue tirado. Se quedó solo con las prendas que traía. El río era profundo y su cauce estaba a miles de kilómetros. Las posibilidades de sus cosas eran infinitas. Tal vez llegaran al océano. Tal vez se hundían en el sitio. Pensó Jack que esto le daba más tiempo de vida. Dejar su despojos le daría nuevas oportunidades. Pero las opciones eran continuar o adentrarse en el río a buscar sus cosas. Recordaba cómo había conseguido todo lo que había tirado. Pensaba que ninguna de las cosas que tenía, y que dejó de tener, terminarían de la forma en las que Jack las había dejado. Eso pensaba era original.

—Yo no te dije que te quedaras sin nada —dijo la voz.

El río se llevaba todo a un paso ágil. Las cosas desaparecían y Jack se quedaba sin respuestas.

—¿Cómo sabes que tiré todo al río? —dijo Jack viendo al teléfono.

—Porque estoy en tu casa y aquí no hay nada —dijo la voz.

Jack colgó el teléfono. Su otro yo se había quedado con la casa. Ya no tenía a donde ir. Su pasado había llegado a todos lados. Su propia sombra lo había

alcanzado. Jack no quería regresar ya. Tal vez nunca pensó en regresar. Así fue que sin pensar en sí mismo siguió el río a ver dónde desembocaba. El teléfono volvió a sonar tres veces. Lo lanzó al río también. Llegó a una casa. Entró y en la puerta decía: “Jack este es el fin del rizoma”.

—Yo lo sé todo —dijo una voz femenina.

Allí adentro estaba Claire con quien se casaría y tendría hijos.

—¿Cómo es posible? —Dijo Jack.

—Cuando te lo contaste, yo te escuchaba —dijo Claire. No sabemos por cuánto tiempo tuvo Jack ese teléfono.

CUARENTENA

La cuarentena ha llevado más de setenta días. Comenzó aproximadamente el 15 de marzo del 2020. Una vez establecida, toda la ciudad se neutralizó. No se podía salir a las calles. Cada persona debería permanecer en sus hogares. Nadie podía estar fuera de sus casas. Ni siquiera salir. Se cerraron las autopistas y las avenidas de gran envergadura. Las calles quedaron desiertas. Los comercios cerraron mientras que sus dueños estaban en sus casas. Los mercados y abastos se mantuvieron al margen, pues la comida hay que comprarla. La vida como se imaginaba cambió drásticamente. Empezaron a escasear alimentos, medicinas, agua, electricidad y gasolina. Entre otros servicios que ya se tenían escasez. El confinamiento no dejaba que se agruparan las personas por lo que una era de individualización comenzó para quedarse, una era de individuación también. Las personas comenzaron a trabajar en sus hogares. Los deliveries aumentaron en gran cantidad. Muchas motos con entregas que hacer en la ciudad. El ocio y el aburrimiento formaron parte crucial en las vidas de cada habitante. Las parejas no podían separarse. Se tenían el uno al otro diariamente. Las casas empezaron a contener familias que se unieron indefinidamente. Las salas de los hogares fueron los sustitutos para oficinas y salones de clases.

El lunes tuve un sueño. Estaba manejando por calles angostas, era de noche. Había lluvia. Se reflejaba la

luz del faro en el asfalto. Luz amarilla. Llegué a una calle ciega. No me queda mucha gasolina. Entre a una casa donde hay una pandilla. Me hacen una prueba. En una tina, se me revela un hombre tiburón. Tiene tatuado la cara de Cristo en el muslo. Muslo que no tengo claro si en verdad eran las aletas. Él se come a una mujer. Yo estaba con mi amigo Erick. Erick le pide para quedarse a dormir en casa del hombre tiburón. Él le dice que no. Me desperté. Fue un sueño muy extraño donde hay un personaje como el hombre tiburón que es referencia de distintas películas.

Desayuné. Todo bien. Me tomé la pastilla. Esta me la manda el psiquiatra con quien me veo desde comienzos del año. Fui a la licorería compré un frasco de mayonesa y cigarros. Los cigarros son parte de mí, es mi vicio. De vuelta en la casa vi el episodio dos de la temporada cuatro de Mad Men en Netflix. Comencé a ver la serie y ahora no puedo dejar de verla. Es una serie que te atrapa, tiene distintos personajes y todos coinciden en algún momento. Regué el jardín como de costumbre, el aguacate, la auyama, la patilla, la naranja, los ajíes. Escuché un CD de Jazz, *Jazz like you've never heard it before*. Una buena compilación de canciones que ya había escuchado y otras que no. Dejé un mensaje en mi grabadora de voz. Este artefacto que me regalaron lo uso constantemente para dejar mensajes en momentos en los que me acuerdo o momentos en los que debo grabar. A las once de la mañana tuve una llamada con Alvaro, con quien hago un taller de escritura: Corrección Perpetuum,

él es el instructor. Está comenzando el taller, pero ya tengo varios ejercicios por realizar. Almorcé. Quedé lleno. Hice una caminata por la urbanización. Me relaja hacer ejercicio de cardio una vez al día. Llegué y mi papá estaba en la cocina. Por lo general está arriba en su cuarto. Vi otro episodio, el tercero de la cuarta temporada, donde descubren que Anna tiene cáncer. Es una historia complicada. Estuve en la hamaca. Después tuve una reunión con los Hombres del Reino, de la congregación cristiana La Posada de Jesús por Zoom, sobre el libre albedrío. Un tema del que estoy tratando personalmente desde que hice un pequeño curso de filosofía en el colegio. Hice la cena. Me quedé en mi cuarto. Ahí es donde medito al final del día y me quedo dormido.

El martes no pude anotar ningún sueño, pero tuve varios. A veces sucede que los sueños no consigo de qué manera anotarlos. A veces sucede que no los anoto. Otras pocas veces sucede que ni entiendo lo que escribí a esas horas de la noche. Desayuné. Todo bien. Me tomé la pastilla. El frasco se vacía un poco cada vez más. Leí cuentos de Carver: *el gordo*, *los vecinos*, *el padre*. Este autor me lo recomendaron en el taller y es verdaderamente excelente. Tiene una forma de escribir en la que te recuerda constantemente una característica o un evento hasta que explota el tema en el cuento. Suele tener que ver con el título. Estuve en la hamaca. Fui al baño. Vi el episodio cuatro de la cuarta temporada. La serie avanza. Hice una caminata por la urbanización. Sudo cuando camino, pero es

normal al paso en el que voy. Pasó un avión a las 11 am. A veces me parece que los aviones tienen forma de cruz en el cielo. Almorcé en la cocina. Esta vez comí ahí mismo. Prendí la madera que había dejado para la fogata. Madera que quedó del árbol que se cortó a comienzos del año porque tapaba parte del jardín, y casi que llegaba a la casa. Después me bañé. Vi el episodio cinco de la cuarta temporada. Pasó un avión a las 3:26 pm. Estuve releiendo el bloc de notas. Esa vieja compilación de ideas que tengo para poder crear en algún futuro, lo que sé será una obra maestra. Jugué ping pong. Yo solo. Me comí una papa frita. Escuche un disco de Yordano, de una compilación de *80 canciones de los 80's*. Músico venezolano de gran altura. Hice la cena. Me quedé en el cuarto. Medité y me quedé dormido.

El miércoles soñé que una amiga me dice que ella también puede recordar sueños y trata de explicar su último sueño. Eso sucede a menudo. Tengo sueños sobre lo que viví en el día. Si en el día estuve pendiente de anotar un sueño o si escribí alguno es probable que sueñe con eso. Desayuné. Todo bien. Fui a la licorería, compré cigarros. Parte indispensable en el crear. Fui a la panadería La Rosalba donde compré un pan, una empanada y un chocolate. Cosas que me pidió mi papá. Me regresé. Fui caminando. Vi el episodio seis de la cuarta temporada. Monté y tomé café negro con dos de azúcar. Fui al baño. Leí el cuento *El ciego* de Carver donde hablan de Amway. Mi papá estuvo metido en esa empresa. Vi en YouTube un episodio de Escuela de

Nada sobre talentos. Es parte de un concurso que están haciendo donde son como los programas de televisión. Ellos revisan los talentos y votan por los mejores. Preparé el almuerzo. Me llamó mi padrino quien es parte de los administradores de La Posada de Jesús. Quería hablar sobre el día, día de San Bernardino, me explicó la historia. Fui por una caminata en la urbanización. Las casas que están cerca de ella tienen tanto o igual aspecto de ser gente buena como en las películas o series. Gente interesante y con historias. Hablé con la vecina sobre la falta de agua y de la búsqueda de maneras alternas de conseguir agua, incluso agua para beber. Estuve en Instagram. Ahora con las publicidades y el algoritmo es otra cosa. Me tocaron el timbre, fui, era la vecina que quería unas pencas de sábila para su perro que está enfermo. Esta es otra vecina. Vi un episodio de Bla Bla Bla de Led Varela en YouTube, episodio número quince. Podcast que me da mucha risa. Hice un dibujo de un ciego mientras escuchaba Ilan Chester, de la compilación de *80 canciones de los 80's*. Otro gran autor venezolano. El CPU no quiso prender. Como de costumbre. Pareciera que la ciencia tiene más de mágica de lo que parece cuando no funcionan los aparatos. Hablé con mi mamá por teléfono. Me reuní por Zoom para el Curso Alpha, curso de La Posada de Jesús. Curso que trata sobre conocer más del cristianismo, lo hago gracias a mi padrino quien me invito. Cené. Fui a mi cuarto. Me tomé la pastilla. Me quedé dormido. El jueves tuve un primer sueño con un amigo donde fumábamos cigarros. De nuevo otro sueño que

tiene que ver con la realidad. Después uno donde yo era más joven jugando a los quemados con otro amigo diferente. Desayuné. Vi el episodio siete de la temporada cuatro. Regué las plantas. Ellas crecerán hasta que haya que cortarlas. Monté y tomé café. Café negro. Me leí un cuento de Carver llamado *El tren*. Escuché el CD de Franco de Vita en la recopilación de canciones de los ochentas. Llegó mi primo Bruno a la casa con su mamá. Vendió su bicicleta a otra persona. Me dio la pequeña mesa donde comía mi abuelo. Mesa que estuve buscando porque es cómoda para escribir también. Se va mi primo. Hago una pequeña caminata por la urbanización, veo a dos madres con sus dos hijas. Yo iba a mi ritmo. Almorcé. Descansando en el jardín escucho una voz de un vecino que dice que “Cristo Viene”. Pasó un avión a las 12:16 pm. Hacen mucho ruido. Hice un sudoku. Pasó otro avión a las 12:45 pm. Limpié un poco la cocina. Es importante cuidar de la casa. Fui al baño. Me bañé. Tomé agua y café. Me fumé un cigarro. Delicioso néctar. Vi otro episodio de Mad Men. Jugué en el casino de la laptop. Sin apostar dinero de verdad, pero sirve de práctica. Estuve en la hamaca. De lado a lado. Jugué en el teléfono. Vino una señora para buscar un dinero que hay que pagar para que un técnico arregle la puerta de la entrada de la urbanización. La señora pregunta por mis abuelos. Están muertos. Cené. Escuché en YouTube a Asap Rocky, su álbum Long at Last. Penúltimo álbum de un gran artista. Dormí. Pero este mismo día tuve otro

sueño temprano en la noche, soñé que una señora deja en su ordenador unas notas para leerlas en la mañana. Después seguí durmiendo.

El viernes en la madrugada soñé que en un balcón de un edificio me encontraba con unas amigas. Ellas estaban juntas ya cuando me las consigo. Desperté. Desayuné. Fui a la panadería Rosalba a comprar una empanada de cazón que le gusta a mi papá. Suave la caminata igual hasta el sitio. Pasé por la licorería y compré cigarros. Ya me conocen en el sitio y me tratan bien. No hay venta de alcohol, pero se puede conseguir en otros lados. De vuelta en la casa vi el episodio nueve de la cuarta temporada. Fui al baño. Monté y tomé café. A veces si no hay azúcar, uso papelón. Jugué ping pong mientras escuché un CD de Frank Quintero, uno de la compilación de *80 canciones de los 80's*. Este es primera vez que lo escucho. Llega mi mamá. Ya no vivo con ella sino con mi papá. Cosas del divorcio. Bajo el mercado. Pongo todo en su sitio. Hago y como el almuerzo. Mi mamá se va. Me quedo con que el CPU empiece a prender. Es básicamente un milagro. Hago una caminata, caen gotas de lluvia y me regreso. Tomo café. Escuchó un podcast llamado Sorry Mom mientras uso el CPU. Trata de dos mujeres de Estados Unidos que hablan de sus vidas. Ellas son jóvenes y hacen muchas actividades. Descanso en la hamaca. Me tomo un trago de ron. Le sirvo ron a mi papá. Escucho otro album de Asap Rocky, este llamado Long Live Asap en YouTube. Este es más viejo que el anterior, pero es igual de bueno. Hice la cena. Me fui a dormir.

El sábado el primer sueño trata sobre que estoy el mismo salón que una chama que me gustaba hace tiempo. La ignoro al punto que sé que me hace mal. Me gano a las demás personas del salón. No siento nada por ella. Después tuve otro sueño donde también en un salón de clases tengo que responder las preguntas que me hace un profesor. El profesor tiene la manía de preguntar de manera confusa. Lo que hace que me equivoque. Estaba en el sueño una amiga entre las personas del salón. Me humilla no responder correctamente. La pregunta era sobre a quién venció Constantino. Constantino peleó contra los turcos. Me despierto. Desayuno. Todo en orden. Me como una banana. Veo el episodio diez de Mad Men, la cuarta temporada en Netflix. Son temporadas de trece episodios. Escuché la nueva canción del Baterista de Viniloversus. Tiene un proyecto solista que está bueno. Me tomo la pastilla. De nuevo. Reviso lo que mandó el instructor del taller. Hay muchas cosas que leer. Otros arreglos para unos escritos míos. Hago una caminata. En promedio de media hora cada una. Voy al baño. Me baño. Estoy en el CPU. Lo que hago aquí es releer mis viejos diarios o estar en internet. También usar el Word. Hago el almuerzo. Almorcé. Descansé. Seguí leyendo el material del taller. De distintos autores sobre el cuento como género literario. Estuve un poco más en el CPU. Vi otro episodio de Escuela de Nada sobre Joe Rogan. Quien tiene un podcast súper famoso. Escuché una canción viejísima de una banda que se llama T.A.T.U.

También escuché estando en la sala otro álbum de Asap rocky llamado *Live Love*. El primer disco de Asap que no lo había escuchado completo. Volví a ir al baño. Escuché un CD de Fleetwood Mac, *Behind the mask*. Nunca lo había escuchado, es bueno, esa banda tiene buena música. Jugué ping pong. Solo y con mucho control para no tener que recoger la pelota. Cené. Me fui a dormir.

Hoy es domingo.

La cuarentena se prolonga. Ahora las calles aceptan un poco más de la gente que estaba en sus casas. Los mismos inconvenientes. Requieren de gasolina. Requieren de alimentos. Requieren de medicamentos. A los ciudadanos nos toca el encierro. La espera es el estado de la vida cotidiana. Los sitios comunes como los parques todos están cerrados. Los locales con las tiendas cerradas y por ende, los centros comerciales también. Muchos por no decir todos. Habitaciones de hoteles vacías. Hoteles enteros sin poder ser visitados y otros adaptándose a las nuevas modalidades. La ciudad entera en espera. Todo paralizado por el virus. El gobierno tajante ha dejado claro que es por el bien mismo de los ciudadanos. Mucha voluntad y fe en épocas de estropeo. La sociedad dejó de consumir en grandes cantidades, para comenzar a ser más recatada. La sobrepoblación de la capital es un riesgo que se corre cuando hay una pandemia.

El lunes no tuve sueños que recordar. Desayuné. Todo bien como de costumbre; una arepa. Vi el episodio doce de la cuarta temporada de Mad Men

en Netflix. Fui a la panadería Rosalba. Esta vez fui para comprar una empanada de carne molida. La de cazón se terminó. En la licorería una caja de Belmont grande. El señor de la licorería es muy amable en su forma de atender. De vuelta en la casa vi otro episodio. En este el protagonista consigue una nueva pareja con la cual se va a casar. La institución del matrimonio y sus secuelas no son ajenas. Después vi los vídeos de Álvaro en su canal de Youtube sobre el taller Corrección Perpetuum. Hago anotaciones en el cuaderno para después tener los apuntes listos. Estuve en el CPU transcribiendo. Las libretas que he escrito. Esas que son totalmente personales y que una vez digitales podré escudriñar a fondo. Escuchaba el podcast Escuela de Nada en su entrevista con Sascha Fitness y las cosas que rompen una relación. Un buen tema. Más tarde almorcé. Me quedé un rato en el jardín. Salí a caminar. Por la urbanización todo muy tranquilo. Regresé. Fui al baño. Me di una ducha. Jugué en la laptop al casino. Póker, sobre todo, sino Black Jack. Sin apostar dinero de verdad, claro. Leí un poco sobre Adam Weishaupt, un abogado muy famoso. Posterior a eso volví a transcribir en el CPU. Esta vez escuchando un CD de Ray Charles y sus veinte mejores éxitos. Fui al baño. Tomé café calentado en el microondas. Tuve la charla con los Hombres del Reino vía Zoom. Sobre el Apocalipsis, el primer encuentro de tres que vamos a tratar. Libro que no me he leído, pero del cual estoy aprendiendo. Cené. Fui al cuarto.

El martes soñé que le caía a golpes a una persona. Primero no podía y después se me volvió muy sencillo. La persona me la topaba varias veces después de que le golpeará como sintiendo mi odio. Fue muy real el asunto. Tuve otros sueños. Saqué la ropa de la lavadora y la puse en la secadora. Fui al baño. Desayuné. Todo bien. Comencé la quinta temporada de Mad Men en Netflix. En este episodio, el primero, le hacen una fiesta sorpresa al protagonista por su cumpleaños. Después estuve en el CPU. Esta vez escuché por YouTube el disco *Nuestra* de La Vida Bohème. Después volví a ver otro episodio de Mad Men, el segundo de la quinta temporada, en Netflix. Más tarde retomé las transcripciones del CPU. Me llama mi mamá diciéndome que no hay luz en su oficina. Hago el almuerzo. Como mientras mi papá ve Charmed en SyFy. A las 12:30 tuve una videollamada por Google Meet con Álvaro. Repasamos la segunda entrega y hablamos sobre algunas cosas referentes a la escritura. Él me envía una de sus novelas. Salí por una caminata en la urbanización. Las calles vacías y las casas llenas. Me comí un gran pedazo de patilla sin semillas. Posterior a eso leí y reescribí algún escrito. Me tomé un trago de ron. Le di un poco a mi papá. Mi mamá mandó un mensaje de que había vuelto la luz. Estuve en el CPU con las libretas anteriores, transcribiendo. Escuchando Cuban Jam Sessions Vol. 2 en CD. Fue cuando empezó a llover. Cené y me fui al cuarto.

El miércoles tuve un sueño en el que se moría mi mamá. Claro que yo no veía cómo, pero esa era la trama. Me quedaba sin mamá. Desayuné. Todo tranquilo. Vi mientras cocinaba el episodio diecisiete de Bla Bla Bla con Led Varela. Esta vez hablando sobre muñecas sexuales. Después vi un episodio de Mad Men. El siguiente. En Netflix. Me llamó mi psiquiatra, el Doctor Fernando. Tuve mi consulta por teléfono. Ir hasta el consultorio es prácticamente imposible sin combustible. Él me comenta que la cuarentena se levantará este próximo lunes. Más tarde estuve en el CPU. Las anotaciones de tiempos anteriores son tan confusas a veces, pero otras veces son tan certeras. Escuché un CD de Cristal Waters llamado *Surprise*. Muy buena música House. Almorcé. Pasó un avión a las 12:05 del mediodía. Salí por una caminata. El silencio. El tapaboca me hace sudar el bigote. Cuando regresé volví al CPU esta vez vi un episodio de un podcast de Escuela de Nada sobre un concurso de talentos que hacen online. Otro podcast más. Mi papá bajó a la cocina a tomar café. Me comí un plátano horneado. Vi un episodio de Mad Men, el cuarto de la quinta temporada. Estoy enganchado con la serie. Estuve en la hamaca. Me llamó mi padrino. Hablé con él. Fui al baño. Tomé una ducha. Me serví del café que hice en la mañana. Cené. Tuve el Curso Alpha por Zoom sobre el Espíritu Santo. Hay que ver unos videos. Después me cepillé los dientes y me fui a dormir.

El jueves no soñé nada que recordar. Desayuné como de costumbre. Vi un episodio de Mad Men en Netflix. El quinto de la quinta temporada donde dos de los personajes pelean dentro de una oficina. Es cómico. Fui a la panadería Rosalba. Esta vez sí había empanada de cazón. Pasé por la licorería donde compré media de Cónsul. Consumo personal. Regresé. Revisé el material de apoyo que mandó Álvaro al correo. Tomé café. Negro con dos cucharadas de azúcar. Fui al baño. Hice la lectura de *La Bola de Sebo* de Guy de Maupassant. Lo leí online. Almorcé. Continué con la lectura hasta terminar el cuento. Hice una caminata. Esta vez una vecina me pregunta por la casa que está al lado de la mía. Pregunta por los chinos que la compraron. Ningunos. Me consigo caminando que una casa está botando a la basura unas revistas. Las revistas están al lado de un pote. Me dispongo a verlas. Son porno. Me las llevó a la casa a pie. Con un gran esfuerzo regresó con más de veinte revistas. Me tomó otra taza de café. Llega la Doctora Ida quien trata con Imanes a pacientes de forma terapéutica. Mientras hacen la consulta ella y mi papá, yo estaba en el CPU. Escuché Carranza Jazz en CD. Empezó a llover. Se va la Dra. Voy al baño. Tomo una ducha. Veo el episodio seis de la quinta temporada. Donde toman LSD como parte de una terapia. Supuestamente con el Dr. Leary. Un tipo famoso. Fabuloso episodio. Cené. Me fui a dormir.

El viernes tuve un sueño con una señorita en plan de ser mi pareja ideal. Hubo una boda. Baile. Me desperté

y lo recordé todo. Desayuné. Vi el episodio siguiente. Esperando que la serie no bajara su calidad. No fue así. Todo lo contrario. Después pasé al CPU donde transcribí mientras escuché el podcast número 168 de Escuela de Nada. Los escucho desde el 139. Fui hasta la Rosalba. La panadería. A mi mamá se le rompió el carrito del mercado. La ayudé a traer los productos. Guardé el mercado en su sitio. Llegó el Doctor Mario. Un fisioterapeuta. Le hace un examen básico a mi papá. Estábamos concretando citas para poder hacer un plan. Almorcé. Leí una lección de Corey Stark, un pastor, sobre el Apocalipsis y la reunión que tengo el próximo lunes. Fui por una caminata. Regresé y mi papá estaba en la cocina viendo televisión. A veces a un volumen muy alto. Me dispuse a continuar transcribiendo. En esta ocasión escuchando un episodio especial de Escuela de Nada con la banda La Vida Bohème como invitados. Trataron su evolución, desde el comienzo hasta el presente. Es una muy buena agrupación. Son de Venezuela y representan un gran período de música en el país. Fui al baño. Me duché. Me serví un trago de ron. Comí un poco del arroz que sobró del almuerzo. Hice mucho. Estuve en la laptop un ratito. Salí al jardín. Vi instagram. Todo el feed. Pasó un avión a las 5:08 pm. Después en Youtube vi la nueva canción de La Vida Bohème. No es coincidencia. Pasó otro avión a las 5:31 pm. Tirado en la grama. Pasó otro más, otro avión cinco minutos después del último. Me levanté cené y me fui a dormir.

El sábado tuve un sueño sobre drogas. Estaba con dos buenos amigos. Eran distintas drogas. Distintas actividades. Juegos para jugar en diversas circunstancias. Personas que llegaban con más drogas. Incluso hasta horarios. Me levanté. Contesté los mensajes en 'Tinder. Desayuné. Me tomé la pastilla. Creo que a veces se me olvida. Vi en Netflix otro episodio de Mad Men. El octavo de la quinta temporada. Por lo general veo una temporada por semana. Hice café. Llegó la Sra. Adriana. La mujer de limpieza. Estaba pendiente. Pone las cortinas a lavar. Lava una lámpara vieja y rompe un bombillo. Yo me torno hacia el CPU a transcribir sin escuchar nada. Después leo dos escritos teóricos del taller, que mandó Álvaro. Almorcé. Ayudé a poner las cortinas en su sitio. Me quedé hablando con la señora que limpia. Ella es la que limpia en el edificio en el que vivía. He vivido en tres edificios. En el último. Viene a la casa a limpiar. Ella se va. Salgo a hacer una caminata. Como un mango del mercado. Me quedo un ratito en el jardín. Voy al baño. Veo un podcast llamado Sorry Mom. Esta vez hablan sobre un huerto que tienen entre ellas dos. Empieza a llover. Hice la cena. Me fui al cuarto.

Hoy es domingo.

Las fases es lo nuevo en cuanto a la cuarentena. Cada una de ellas aminora o engrandece el hecho de confinamiento. Por esta nueva semana se podía salir a de la casa, ir a distintos sitios, tiendas, incluso ir a parques cercanos. Se podía pasar de

municipio a municipio. Claro que con un horario ya establecido. En estos momentos próximos pareciera que la normalidad regresaba para ocupar su vacío inminente. Casi cien días de estar en la casa. Era un renacer para quienes estaban ofuscados. Poco a poco se regresaría al estado primogénito, o eso se piensa. De vuelta hacia lo que una vez fue llamado ordinario. Lo normal volvería con todas sus implicaciones. Lo cotidiano como supuesta normalidad. Por lo menos por una semana. Después de salir volver a la casa cuesta, y más cuando ya sabes lo que te toca. Los trabajos algunos retomarían sus actividades, tal vez oficinas y cosas por el estilo. Hay quienes necesitan retomar sus trabajos. Muchos perdieron los suyos, otros encontraron nuevos. La falta de gasolina se solventaba parcialmente. Se implementaron colas para poder surtirla. Esto es a nivel nacional. La gasolina y su problemática son tan recientes que todavía no se explica cómo. Es duro de comprender. Es inaudito en un país petrolero. Las colas seguramente son enormes. La vida tenía otro matiz, la gente despertó un poco sus conciencias. El uso de tapabocas y guantes no asegura nada en cuanto a las aras del progreso. Con la funcionalidad de los sitios las personas volvían a ver sus esperanzas y anhelos. Con optimismo las cosas cambiarán, a lo mejor no serán iguales, pero seremos más fuertes. Poco a poco aprenderemos igual que el racismo y las fobias irán desapareciendo. Como ha sucedido con la mayoría de los tabúes. Se regenera la sociedad y su pacto. Sobrevivir es lo que busca la

gente. Hay que exigir de las elites. Las personas entre sí se unen según sus similitudes, pero los status se forman cuando una voluntad es puesta en marcha. Las promesas son nuestra forma de enfatizar los valores y costumbres que hay que resaltar.

El lunes soñé que estaba en una rumba. Que había cola para entrar. Tragos en la entrada. Primer ambiente. Un poco de baile. Un segundo ambiente. Cerca de una piscina. Menos personas. Ahí creí ver a un amigo. Me gustaba el sueño. Quería seguir en la cama. Desayuné. Fui al baño. Todo en orden. Fui a la panadería Rosalba por una empanada de cazón. Ya las personas que trabajan ahí me van reconociendo. Poco a poco seré parte de la clientela. Pasé después por la licorería Los Calobos. Compré una caja pequeña de cónsul y un Powerade para mi papá. Me atienden amablemente y espero mi turno. La gente en la licorería, la cual no puede despachar alcohol, habla del regreso a la normalidad. En la casa me dispongo a ver un episodio de Mad Men. El once de la quinta temporada. Donde ganan a Jaguar como cuenta para hacer negocios y sucede que uno de los trabajadores de la firma renuncia. Me tomé un café. Fue un episodio interesante. Vi los videos que mandó Álvaro al correo. Corrección Perpetuum es su taller. Hice un escrito sobre la muerte. Traté la de un amigo. Fue emotivo. Recordar es algo de lo que me he acostumbrado mucho desde que vivo con mi papá. Hace tiempo que suceden cosas de las que tengo que hablar. Estuve en el CPU transcribiendo.

Escuchaba mientras el podcast episodio 169 de Escuela de Nada sobre el amor incondicional. Ellos tres son un grupo de amigos muy característico; tienen buena dinámica. Después almorcé. Cociné todo el día. Escuché un CD de Linda Ronstadt. Los tiempos musicales denotan mucho de aquellos días en los que se graba. Ese cierto tipo de música, jazz, es de gran nivel. Hice una pequeña caminata por la urbanización. Estuve después en el jardín. Tomé una ducha. Puse la lavadora y la secadora. Estuve en el CPU un poco más. Jugué al casino en la laptop. Una aplicación gratuita. Vi instagram. Esta vez me tumbe en la cama a ver el teléfono. Cosa que no hago muy a menudo. Siempre estoy abajo. Hice una merienda. Al finalizar la tarde estuve en la sesión de Hombres del Reino por Zoom. Hablamos del Apocalipsis en término de las siete iglesias y sus siete cartas. En este caso tocamos las primeras dos. De gran ayuda es, para entender el libro más impreso en la vida. Me gusta poder tocar un tema que es tan provisto de aristas como la religión en mi semana. Cené y me fui al cuarto.

El martes soñé sobre cosas tecnológicas que no recuerdo bien. Por lo general estos sueños tienen que ver con aparatos o con diversas máquinas. Soluciones y ensayos en estos tipos de sueños. Me quedé sin masa para arepas. Fui al mercado, pero era muy temprano, estaba cerrado. Mi papá me pidió que comprara un chocolate. Le compré su chocolate en la panadería del centro comercial. No había salido

sino al mercado. La cola de gasolina llegaba hasta ahí. Fácil, kilómetros de cola. Carros sin gasolina. Un gentío esperando desde la madrugada a que llegue el camión. Fui al mercado cuando abrió. El punto de venta estaba malo. Intenté con otra tarjeta, pero tampoco. Bajé a la panadería y compré pan y un jugo. Desayuné. Recibí un mensaje de Álvaro, del taller de escritores; él estaba en una cola parecida a la que vi cerca de mi casa. Monté café. Veo el episodio doce de la quinta temporada de Mad Men por Netflix. Este episodio fue muy fuerte. Sucede que un personaje importante se suicida. No saben muchos por qué, pero es todo culpa de uno de ellos. Estuve un poco en el CPU transcribiendo. Los diarios pasados tienen mucha información que me parece importante. Salí a montar bicicleta cerca. Llegué. Hice el almuerzo. Tomé un poco de sol en el jardín. Quieto. Vi el último episodio de la quinta temporada de Mad Men en Netflix. Tomé una ducha. Me aseo. Estuve un tiempo más en el CPU. Escuché Anastacia, y su CD, *Not that kind*. Es música pop. Es de los CDs que me faltan por escuchar. Jugué al casino en la laptop. Por lo general a Poker Texas Hold'em. Pasó un avión a las 3:25 pm. Veo instagram. Los sucesos de estas últimas semanas en las redes sociales ha sido un caos. Sobre todo, para los norteamericanos. Me tomo un trago de ron. Le doy a mi papá un poco. Lo ayudo a comprar Ensure por internet, pero estaba en la página colombiana, en la venezolana no se consigue el producto. Estuve en el jardín. Vi unos pájaros negros con amarillo

bellísimos. Escuché el álbum *No One Really Dies* de NERD con Pharrell mientras editaba un video con Nero. Algo que ver con el documental que hice de tesis de grado. Jugué un poco más de póker y cené. Me fui al cuarto. Dormí poco, pero tuve un sueño temprano de un chef de sushi que es japonés jugando con sus cuchillos.

El miércoles no soñé nada. Hice el desayuno. Vi Netflix. Comencé la sexta temporada de Mad Men. Fui al mercado. Con esperanzas de que hubiese punto. Esta vez sí pude comprar la harina. Tanto de trigo como de maíz. Edité con Nero. Son videos que tengo que recortar. Su duración es el problema. Monté y tomé café. Fui al baño. Todo normal. Estuve un tiempo en el CPU. Cada vez que avanzo en lo que escribí me doy cuenta de que en verdad lo escribí para mí mismo y nadie más. Estuve en la laptop revisando los correos, jugando y viendo qué hay de nuevo. Seguí editando. Salí a una caminata por la urbanización. Llegué e hice el almuerzo. Comí. Vi el episodio 19 de Bla Bla Bla de Led Varela, comediante venezolano, acerca Anonymous y las fake news. Muy completo. Resulta que la realidad tiene más capas de las que uno ve. Reviso que en el teléfono me apareció una oportunidad de trabajo. Es con una empresa confiable. Veo otro episodio de Mad Men. El segundo de la sexta temporada. Pasó un avión a la 1:14 pm. Estuve en el CPU creando documentos en Word mientras escuchaba a Anastacia y *Freak of Nature*. Un CD pop donde la voz de la mujer

pareciera ser de otra persona, y no la de la portada, de lo increíble que es. Fui al baño. Todo bajo control. Volví al CPU y esta vez estuve escuchando a Escuela de Nada con sus audiciones para su show de talentos. Algo sin duda cómico e innovador. Después me hice una panqueca. Me fumé un cigarro. Fui un rato a mi cuarto. Después tuve en la noche la videollamada con Álvaro, quien logró echar gasolina, sobre el taller. A continuación, cené y me fui al cuarto.

El jueves tuve un sueño. Alrededor de las 3 am. Estaba molesto con mi hermana. Ella se inmiscuía en mis planes. Era como un pegoste. Tuve que llamar a un amigo para que me aconsejara. Hasta que me levanté de la cama. El ventilador hace que sea muy cómoda. Desayuné. Todo controlado. Estuve editando con el programa de edición. Vi un episodio, el tercero de la sexta temporada. Tomé café. Estuve en el jardín. El aire fresco me resulta muy tranquilizador y frecuento mucho la grama para estar en conexión con el aquí y ahora. Además de que la silla es también muy cómoda. Fui al baño. Me duché. Me monté en el carro. Usé de mi gasolina para llegar a la entrevista de trabajo. La entrevista fue corta. Sigo buscando trabajo. Ellos me llamarán. Tal vez esto sea un éxito. Después fui a hacer la cola para echar gasolina. Estuve ahí cuatro horas. Mi mamá apareció con el dinero que tenía que pagar, un cambur y una galleta. Eché gasolina y me regresé a la casa. Hay gente que hace la cola de noche y en la mañana están listos. Yo tuve que ir a una que es en dólares, pero hay gasolina subsidiada. Almorcé

lo que pude. Estuve en la laptop. Suficiente como para estar al día. Me fui al jardín y echado en la grama esta vez con un manto. Cené y me fui a mi cuarto. Estaba exhausto.

El viernes tuve varios sueños. Primero soñé que estaba en una cena con mi tío. Algo muy elegante. Después soñé que una amiga hacía una vuelta cuando se lanzaba a una piscina. Un flip. Fue asombroso. Me levanté. Desayuné. Vi en Netflix el episodio cuatro de Mad Men. Esto se pone bueno. Fui por una empanada de cazón a la panadería. Me la dieron para llevar. Quitaron las sillas y ahora nadie se puede sentar por el confinamiento. En la licorería me compré una media de Belmont. Los cigarros son parte de la renta. De vuelta al Marqués. Hice café. Fui al baño. Estuve un rato en el CPU. Vi el episodio de Escuela de Nada número 170. Esta vez hablan sobre Anonymous y Jeffrey Epstein. Temas conspirativos y sobre unas ciertas elites pudientes que hacen crímenes. Como también gente vanguardista y que quiere poder. Hay para todos los gustos. La realidad es muy diversa. Subo al cuarto de mi papá. Él ha estado escuchando mucho Pink Floyd así que le pongo el primer disco, CD que conseguí en una feria en Caracas, y mientras lo escuchamos a mi papá lo llama mi hermana por lo del Ensure. Tal vez lo logre conseguir en otra parte. El punto es que ellos hablan lo suyo. Yo leo las letras de las canciones al igual que vuelvo a escuchar uno de mis álbumes favoritos. Hice el almuerzo. Mi madre apareció con el mercado de la semana. La ayudé a

bajar las cosas y a guardarlas en su sitio. El divorcio de mis padres es una cosa extraña. Más tarde vi otro episodio de Mad Men. En este tratan la muerte del Dr. King. Muy conveniente por todo lo que sucede con las protestas y la muerte de George Floyd hoy en día. Black Lives Matter. El episodio lo vi por Netflix. Llegó el Doctor Mario. El fisioterapeuta que vino la semana pasada. Trajo nuevos ejercicios para mi papá. A continuación, estuve un rato en el CPU y escuché el podcast de Sydney Maler, Sorry Mom. En inglés. Muy divertido. Me tomé un trago de ron. Siempre le doy un poco a mi papá de costumbre. Avión a las 4:37 pm. Estuve en el jardín viendo las nubes literalmente. Aprendí una vez el nombre de algunas, cúmulos, cirros, entre otras. Hice la cena. Me fui al cuarto. Raro es que no esté leyendo ningún libro, pero es por el taller que no leo uno en específico, sino que leo los cuentos o lecturas que me mandan.

El sábado no me quería levantar de la cama. Me cuesta a pesar de que estemos a decir verdad pasando los ochenta días de cuarentena. Tal vez es por eso. La costumbre de dormir. En fin. Me levanté. Desayuné. Vi el episodio donde ganan la cuenta de Chevy para hacerle publicidad. Mad Men, episodio seis temporadas seis. Después estuve en el CPU. Como de costumbre. Las veces en las que mis anotaciones en el diario son más que meros aspectos importantes de mi día, sino que se vuelven relatos sinceros y verdaderos son los que más me cuesta transcribir porque me transporto. Hice a continuación unas

lecturas. Tuve mi almuerzo. Estuve hablando con mi amigo Alfonso quien cumplió años en cuarentena. Yo lo fui a visitar cuando todavía no se podía salir de las casas. Me bañé. Vi el episodio siguiente en Netflix. Estuve en el jardín. Salí a montar bicicleta. Llegué hasta el parque Aruflo en la Floresta. Sitio al que iba cuando estudiaba en el colegio. Queda cerca de la institución. Me comí una galleta. Vi a la gente en el parque. Me regresé. Todas las bombas de gasolina tienen gente. Esperando. Llegué y me serví un café. Tuve mi merienda. Estuve un poco en el CPU. Es nostálgico. Jugué ping pong solo. Escuchaba a Dionne Warwick en el estéreo. Un CD. Después me volví a duchar. Jugué al casino en la laptop. Hice la cena. Me fui al cuarto.

Hoy es domingo y no me ha dado COVID-19. Gracias a Dios.

CONTENIDO

Prefacio	5
El hambre de la albóndiga	7
El Mar	37
Adiós	43
La parte más desagradable de mi cuerpo	47
Sr. NN	49
Idiotas	53
La momia	57
Llorar	61
Útero	63
La ducha	65
Soberbia	69
6 antes de descansar	73
La cara da más	75
Jack	77
Cuarentena	81

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 24 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1907 en que nace el Líder wayuu, luchador social y étnico conocido como *Wushojolo* y El Pacificador, llamado Nemesio Montiel Polanco Epieyú.